

Vida
Aristocrática



AVENIDA
DEL CONDE
DE PEÑALVER,
NÚMERO 8



SUCURSAL
PARA LA VENTA Y SUSCRIPCION
DE
"VIDA
ARISTOCRATICA"

LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA

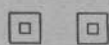


En esta librería, instalada con una esplendidez que nada tiene que envidiar a las mejores de Europa, en un amplio local situado en lo más céntrico del Madrid aristocrático, hallará V. todos los libros nacionales y extranjeros que desee.

LAS SEÑORAS - Las últimas novelas publicadas y las mejores revistas de modas, libros para la mujer, labores, artes femeninas.

LOS NIÑOS - Los cuentos más entretenidos y económicos. Los célebres estuches *Liliput* y los álbums de dibujo de *Karikato*.

LOS HOMBRES - Los más modernos libros de Ciencia, Filosofía, Viajes, Literatura, Sociología, Deportes y Artes.



APARTADO DE CORREOS 908 - TELÉFONO M-2475

EL REY EN DEAUVILLE

La elegante playa de Deauville ha sido durante el mes de agosto el centro principal de reunión del gran mundo francés. Aristócratas, deportistas, financieros, artistas célebres, políticos, literatos, toda una sociedad de elegidos ha tenido allí su albergue, digno de ella ciertamente, por su depurado gusto y su elegancia exquisita. Deauville es una creación adecuada al público que la frecuenta, como hecha a la medida.

Este año la presencia del Rey de España, con objeto de asistir a las carreras de caballos y a los partidos de polo, ha prestado mayor interés a la temporada de Deauville, imprimiéndola, en cierto modo, un poco de carácter español. El Soberano *charmant*, sencillo y simpático, ha sido en todas partes objeto de manifestaciones afectuosas. En las carreras, en el Casino, en el teatro, era saludado con gran cariño, aunque Don Alfonso se esforzaba en pasar inadvertido, haciendo vida sencilla, como un particular cualquiera. Hasta en la indumentaria de las damas elegantes se ha advertido la influencia española; pues allí, como en Madrid, los mantones de Manila estaban en moda.

Como ya se dijo, el Rey se ha hospedado en la preciosa *villa* que tienen los Marqueses de Viana. De éstos ha sido huésped también el Embajador de España en París, Sr. Quiñones de León, tan estimado en la sociedad francesa.

El Marqués de San Miguel ha tenido alquilada otra *villa*, que lleva el nombre de «*Mai fleur*», siendo sus huéspedes el Conde y la Condesa de la Maza y el Marqués y la Marquesa de Villabragima.

El Conde de la Maza y el Marqués de Villabragima acudieron para tomar parte en los interesantes *matches* de polo, con el Duque de Peñaranda y otros ponistas españoles, contra los ingleses y los norteamericanos.

Entre las celebridades mundiales que han veraneado también este año en Deauville figuran Mlle. Chenal, que trabaja en el teatro del Casino con gran éxito; Marta Regnier, Mlle. Vécrat, de la Opera de París; la admirable Mlle. Mistinguet, el actor Galipaux y el eminente literato Tristán Bernard.

Personalidades ilustres de la aristocracia francesa y de la alta sociedad británica han acudido diariamente a presenciar las carreras, los partidos de polo y demás deportes, en los que tomaban parte los más notables *sportsman* del mundo.

La temporada en Trouville y Deauville, que son como barriadas de una misma población, separadas por un puente, no ha podido ser más brillante. Y Cornicher, el famoso Cornicher, verdadero dueño de Deauville, quien desde modesto mozo de café ha llegado a ser propietario de los principales hoteles, ha hecho—nunca más apropiada la frase—su agosto.

La elegancia parisiense ha tenido, durante la temporada veraniega, su centro más exquisito en Deauville. También han acudido allí, como en toda playa de moda, los artistas, los nuevos ricos y las cocotes. Los *profiteurs* de la guerra gastan estos años en Trouville y Deauville las ganancias que acumularon.

Las modas de la mañana en la playa han sido de una gran sencillez. Trajes blancos, de telas sutiles, que se pliegan a los torsos como peplos griegos... Sombreros de paja; *jerseys* de seda, con mangas cortas. Además se ha hecho mucho *sport*: *golf*, *tennis*, polo, tiro de pichón, etc. El lujo del vestir se reservaba para el Casino, por la noche. Pero al Casino no solían ir mucho las señoras, temerosas de ciertas promiscuidades.

En las mesas del *baccarat* se han jugado en estos días millones de francos... Allí se quedaron los dólares de los multimillonarios americanos, las coronas suecas, los florines holandeses y las pesetas españolas, que eran absorbidos por la *cagnotte*, pagando su tanto por ciento en el papel correspondiente, que arrancaba imperturbable, a cada nuevo juego, el *recaudador* de este impuesto.

La Potinière y la rue de París han ofrecido en estos días en Deauville desusado aspecto de animación, con sus tiendas de joyas, de flores y de *primeurs* de París.

Y el Rey de España ha dejado, como siempre por donde va, una estela luminosa de simpatía...

Las botellas se limpian perfectamente metiendo dentro de ellas unos pedazos de papel y agua y agitándola.

Por muy sucia que esté la botella, no se resistirá al procedimiento.

NOTAS GUIPUZCOANAS

En su palacio de Ayete dió recientemente la Condesa de Casa-Valencia una artística fiesta en obsequio de sus numerosos amigos residentes en San Sebastián.

Tuvo la fiesta dos partes: una en el gran salón, en donde la famosa artista Pastora Imperio cantó y bailó con su gracia inimitable, siendo aplaudidísima, y otra en los distintos salones y en el jardín, en los que la gente joven bailó a su gusto, mientras que las personas mayores organizaron partidas de *bridge* y de tresillo.

Con la ilustre dueña de la casa hicieron los honores su hija la bella señorita María Teresa Alcalá Galiano—a quien acompañaba la Marquesa viuda de Medina—y sus hijos los Condes de Casa-Valencia y Romilla y el Marqués de Castel Bravo.

Entre la distinguida concurrencia allí congregada figuraban las Duquesas de Pinohermoso, Aliaga y Tovar.

Marquesas de Miraflores, Mortara, Cabiedes. Bondad Real y Torrelaguna; Condesas de Bulnes, Buena Esperanza, Mora, Torrubia, Caudilla, Paredes de Nava y Güell; la Vizcondesa de la Alborada; la Baronesa de Satrústegui; la Embajadora de España en Inglaterra, señora de Merry del Val, y las señoras y señoritas de Altube y Moyúa, Figueroa y Bermejillo, Alonso Zavala, Esteban Collantes, Bruquers, Loyarte, Alvarez de Toledo, Fernández Medina, De Vienne, Azcona, Chaves y Lemery, Novallas, Heredia, Gaytán de Ayala, López Dóriga, Belfort, Campuzano, Muguero, Padilla, Caro, Satrústegui, Churruca y otras muchas.

También concurren el ex Ministro Conde de Esteban Collantes, los Ministros de Polonia y Uruguay, Conde Orlowsky y Sr. Fernández Medina; M. De Vienne, Consejero de la Embajada de Francia; el Duque de Cafarelli y el de Arcos, entre otros.

En el comedor de la casa, de roble tallado, se había instalado un magnífico *buffet*.

Días después, en el mismo San Sebastián se celebró otra aristocrática reunión: la organizada por los Duques de Tovar en su *villa* «*Lacumbre*».


Resultó muy brillante, divirtiéndose la gente joven a su gusto.

Asistieron a la agradable reunión las Marquesas de Salinas, Medina, Peñaflores y Villatoya; Condesas de Casa-Valencia, Paredes de Nava, Caudilla, Campo Giro y Fuentecilla, y señoras y señoritas de Merry del Val, Moreno Osorio, Chaves, Narváez, Ceballos, Azcona, Cendra, Jordán de Urriés, Machimbarrena, Frontera, Casa Calderón, Ussía, Saavedra Pradera, Rúspoli, Murúa, Quintana y otras.

VIDA ARISTOCRÁTICA

Suscripciones y anuncios: Calle de Goya, núm. 3.

CASA GONZALEZ
MADRID (GRAN VIA 14)
SEVILLA, HUELVA
CORDOBA, MALAGA



DECORACION
CERAMICA
AZULEJOS
PAVIMENTOS
HIERROS
ARTISTICOS
SANEAMIENTO

UN BAILE EN SANTANDER

DURANTE el pasado mes, el Palacio de la Magdalena albergó a varias augustas personas, que fueron huéspedes de SS. MM. En su honor los Reyes dispusieron una fiesta, a la que invitaron a numerosas personalidades de nuestra sociedad aristocrática y de la colonia montañesa.

Y he aquí cómo un ilustre cronista dió cuenta de la bella fiesta:

«El hermoso Palacio es fondo apropiado para estas grandes fiestas, pues a más de sus magníficos salones, embellecidos por tantas obras de arte, de su elegante «hall» adornado con plantas y flores, y del suntuoso comedor, sobre cuya «*boiserie*» brillan cientos de copas de oro y plata ganadas por el Soberano en sus deportes náuticos, tiene en estas noches del estío el aliciente insuperable de sus terrazas, desde las que se divisa la maravilla del Cantábrico, con las embarcaciones de todas clases balanceándose suavemente sobre las tranquilas aguas.

La fiesta fué amenizada por la notable música de Boldi, a cuyos acordes la juventud bailó hasta hora bastante avanzada.

Asistieron, además de los Reyes, los primos de S. M. la Reina, lord y lady Mountbaten; S. A. la Duquesa de Aosta y sus hijos, el Duque de Puglia y el Duque de Spoleto, nietos del que fué Rey de España, Don Amadeo; los actuales huéspedes de la Magdalena, Duquesa y Duque de Santoña y Condesa y Conde de Salinas; la Marquesa y el Marqués de Santa Cruz, que con su hermana, la Condesa de San Martín de Hoyos, fueron desde Las Fraguas; la Marquesa de Benemejís de Sistallo y sus hijas, que fueron desde su palacio de Santillana; la Marquesa de Manzanedo y sus nietos, y los Condes del Rincón, que son huéspedes del hotel Real; la señora de Güell, la de López y otras personas de la colonia de Comillas; el General y la Duquesa de Santa Elena, el Gobernador civil de Santander y la señora de Serrán, el Alcalde y la señora de López-Dóriga, el Ministro de Gracia y Justicia y la señora y señorita de Ordóñez.

De la sociedad aristocrática de la Montaña había personas tan distinguidas como los Marqueses de Villatorre y su hija, y los de Robrero; los Sres. de Quintana (D. Carlos), Sres. de Bárcena e hija, D. Luis Torres-Quevedo, y su hermana; Sres. de Pombo (D. Carlos), Sres. de Botín (D. Emilio), Conde de Mansilla y su hijo, Presidente de la Diputación, D. Herminio Lastra; señora viuda de Diestro e hija, Sres. de Calleja, de Madroño, de Arraste (D. Ruperto), de Roiz de la Parra, de Sánchez Saráchaga, de Meade e hija, de Pombo (D. Gabriel María), de Gómez-Acebo (D. Felipe) y su hija.

También estaban las opulentas familias montañesas de Pérez y de Pardo, el Gobernador militar y la señora y señorita de Castell, el Comandante de Marina, los Marqueses de la Ribera, los señores de Bustamante y sus hijos, de Pérez Izaguirre, de López-Dóriga (D. Pedro), de G. del Camino (D. Francisco), de Quijano (D. Juan José), de Miláns del Bosch, de González Rothwos e hijas, de Correa (D. Fernando), el notable escritor D. Ramón de Solano y los Sres. Mazarrosa, Arizmendi, Vierna, Lavín, Huidobro, Trevilla, Trápaga, Arana, Corcho, los Jefes de los Cuerpos de la guarnición, Comisiones Oficiales y Comandantes de los buques de guerra.

En suma: una brillantísima fiesta, que Sus Majestades hicieron doblemente grata por la cordialidad y llaneza con que acogieron a todos sus invitados.

Un procedimiento muy bueno para blanquear las manos es hacer una pasta con patatas blancas y harinosas y leche, y darse fricciones.

Limpieza de las legumbres.—Para quitarlas los insectos que suelen albergarse en el interior, no hay cosa mejor que tenerlas en remojo durante una hora o dos en agua salada o avinagrada. Al poco tiempo empiezan a salirse por sí mismos los insectitos. La receta es útil especialmente para las coliflores, por las cuales sienten verdadera predilección las larvas y otros gusanillos nada apetitosos.

Se hace goma líquida muy buena disolviendo unos 30 gramos de bórax en medio litro de agua hirviendo, a la cual se añaden 60 gramos de goma laca, dejando cocer todo en una vasija bien tapada hasta que se haya disuelto la goma. Esta goma es muy económica.

DE LAS «AVENTURAS DE UN HOMBRE EN RIDÍCULO»

LA INCOMODIDAD DE LO CÓMODO

He aquí un nuevo relato de las «Aventuras de un hombre en ridículo», encontradas por un amigo nuestro. Forman, como verán nuestros lectores, una serie que va presentando diversos aspectos del ingenio y al parecer sincero autor de esta relación, que no dudamos en estimar verídica. Dice así la de hoy, bajo el epígrafe «La incomodidad de lo cómodo»:

No hay nada más incómodo que empeñarse en vivir en constante comodidad. Esto, que parece una paradoja, es una terrible verdad como un puño. ¡Cuántas veces por no habernos querido molestar en lo más mínimo tenemos que andar luego de cabeza, y cuántas hacemos muchas cosas que nos fatigan, por no atender a otras que nos encorcan sin saber por qué!

Todo español lleva en la masa de la sangre un holgazán de tomo y lomo. Y yo, por las trazas, soy un español de los más característicos. Como yo sepa que para conseguir algo es necesario que se modifique, por unos instantes nada más, la marcha normal de mi vida, ya puedo asegurar desde luego que no logro lo que sea, aunque sinceramente lo desee. ¡Se está, por ejemplo, tan bien sentado que... para qué me voy a levantar! Puede que sentado me caiga un ladrillo sobre la cabeza; pero, ¿quién me garantiza que de pie no me va a caer o va a caer más suavemente? Nada, nada; la comodidad ante todo. ¡Benditos sean los inventores de los colchones y los *somiers*!

Si a esta imperiosa precisión de estar cómodo se añade la ineludible de tener que cumplir con una porción de obligaciones de esas que no admiten espera, se comprenderá el estado del cuerpecito cuando le dicen luego que tiene algo que hacer, y no por necesidad, sino por conveniencia... ¡Sí, sí! ¡Conveniencias a él! Que le dejen dormir y descansar, que es lo que de veras le conviene.

—Mira, hijo mío, que tienes el traje ese hecho una verdadera lástima; que no sé ni cómo te atreves a salir con él a la calle.

—¿Está un poco deteriorado, verdad?

—Pero, si hace un siglo que te está esperando el sastre para tomarte medida y aun no has aparecido por allí.

—Iré. Mañana mismo, sin falta, voy. ¡No faltaba más!

Y el sastre se harta de esperar y de predicar mi madre, y yo, impertérrito, siempre con el convencimiento de que mañana, sin falta, voy a encargarme el traje.

Mientras tanto, un día se me ocurre ponerme la americana de uno de mis hermanos. ¡Oh, satisfacción! Me está que ni pintada. ¡A ver las demás prendas! ¡Bien! Reviento de gozo; tenemos exactamente las mismas dimensiones. Ya estoy salvado; ya voy a tener traje; ya no necesito molestar-me en ir a casa del sastre.

A mi hermano la proposición que le hago de quedarme con su ropa no le hace del todo feliz. En vano le pinto yo la situación airada en que quedaría si tuviese el rasgo de desprenderse de sus vestiduras, movido por un sentimiento de cariño fraternal. Estos íntimos afectos familiares le tienen a él muy sin cuidado y en cambio le preocupa un tanto el rescate de su traje.

Al fin, hombre débil hasta cierto punto, no me da su ropa; pero se aviene a una transacción. Puesto que somos iguales y él es además conoedor de las modas últimas, irá en mi sustitución a ver al sastre; le tomarán a él medidas; volverá las veces que sea necesario para someterse a las obligatorias pruebas y me entregará, por último, mi terno flamante y en disposición de lucirlo por las tardes en Recoletos.

Cuando se va mi buen hermano, dispuesto a sacrificarse por mí, aun me hace una pregunta candorosa.

—¿A ti te gustan las americanas con muchos bolsillos?

—Me es igual; con tal de que me esté cómoda...

Mi hermano, al cabo de unos días, vuelve ufano con la noticia de que el trajecito está a punto de terminarse.

—¡Qué telas tan bonitas, ya verás! Te gustarán mucho. Color canario, tirando a verderrón.

—Bien... y ¿cómo me está?

—Divinamente. De cuello y espalda no puede estarte mejor; ni una arruga... Un poquito te molestaba de sisa, pero ya lo han arreglado.

—¿Y el pantalón?

—¡Ah! El pantalón te quedaba muy largo y lo he mandado cortar bastante. He preferido que te quede corto, porque así podrás lucir unas botas que también te he comprado. Aunque te aprietan bastante del contrafuerte, no te preocupe. Me ha dicho el zapatero que eso se quita con el uso.

—Pues las usas tú.

No tarda el traje en llegar, en efecto. El color comienza por horripilarme; pero hay que transigir: ha sido de mi gusto; es decir, del de mi hermano. Me pongo las distintas prendas, que sobre poco más o menos se acoplan a mi cuerpo. Pero ¿quién evita que el pantalón me quede fondón y el chaleco me esté tan estrecho que ni respirar me deja? Y, sin embargo, ¿cualquiera dice nada, después del esfuerzo del hermano y de la transigencia de la madre!...

—Yo creo que me siento muy bien.

—Mal no está. Pero, sobre todo, ¿te está cómodo?

—¡Oh! ¡Eso sí! ¡Comodísimo!

Y durante unos meses soy víctima de mi comodidad, sufriendo lo inconcebible con el chalequito, al que le sucede lo mismo que a mí. Es decir, que no tiene arreglo.

Se dirá que esas incomodidades las sufro porque quiero. ¡Claro! ¡Porque quiero estar cómodo! Me pasa lo que aquel periodista holgazán que le enviaron a hacer la revista de una corrida de toros y, como no fué, inventó los distintos lances de la lidia y envió las cuartillas desde su casa al periódico, resultando luego que la corrida se había suspendido y que el desaprensivo redactor fué expulsado del diario y tuvo necesidad de pasarse muchos días de Ceca en Meca, para encontrar nueva colocación; por no haberse querido molestar en una tarde. Pero ¿y el goce de no abandonar la propia comodidad cuando los demás quieren, sino cuando a uno se le antoja o, todo lo más, cuando lo fuerzan consecuencias de algo que se ha dejado de hacer a sabiendas de que había que hacerlo? Eso es, créanlo ustedes, el colmo del sibaritismo.

Hay, no obstante, veces en que ese sibaritismo de hacer cada cual lo que quiere, rehuendo siempre el esfuerzo personal, no da el resultado apetecido.

«Toma esta lámpara de cristal, cógela con cuidado no se vaya a romper y llévatela, con tu equipaje, a Navacepedilla. Es para el comedor de la casa que hemos alquilado este verano. Tu padre ya sabe que la llevas tú. ¡A ver si la tenéis ya puesta para cuando los demás lleguemos!»

Al encontrarme en las calles de Madrid con un maletín en una mano y una lámpara, aunque pequeña, en la otra, se me ocurre la idea de que, aunque la estación está cerca, quizás me fatigue mucho si voy andando y aún si voy en tranvía. La perspectiva de un coche me ilusiona y ¡pensado y hecho!

Tomo un modesto «simón», coloco mis bártulos

en el asiento, junto a mí, y, extendiendo las piernas, procuro desperezarme y dejar, de paso, al descubierto unos calcetines de color gris perla, recién estrenados, que parten los corazones.

Al pasar por la plaza de España, donde están los tenderetes de la verbenas de Santiago, miro con cierto desdén olímpico a los churreros, que tienen cara de no haber dormido en toda la noche.

Entramos en la cuesta de San Vicente. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿El coche que se para de pronto? ¿Un carro de mudanza que se atraviesa? Pero, ¿qué le pasa al caballo? Cochero, hombre, no sea bruto. ¡No le pegue de ese modo! Pero, ¿qué pasa? ¡Tire bien de las riendas, que se le va! ¡Pero, hombre! ¡Que se le va! ¡Por Dios, bendito! ¡Que se le va!!!

La catástrofe, señores. El caballo ha emprendido veloz carrera cuesta abajo. El auriga se considera por lo visto impotente para sujetarlo, y, sin duda para darme ánimos, se arroja del pescante al suelo y no sé lo que le ocurre. Yo intento coger las riendas, pero ¡que sí quieres! El caballo, desbocado ya, da unos saltos inverosímiles y, como es natural, tras él los da el coche, y sobre el coche, yo, que —dicho sea entre paréntesis— voy aterrado. Juzgo una temeridad arrojarme del coche y opto por sujetarme a él todo lo que puedo, para no salir disparado. Oigo agudos gritos de las gentes que temen por mi vida. Siento no poder acudir a darles las gracias por sus buenos sentimientos, porque otras ocupaciones más perentorias me lo impiden. El «jamelgo» sigue corriendo y saltando, y yo espero, de un momento a otro, el instante de romperme la crisma.

Al fin—loado sea Dios—, ya cerca de la verja de la estación, se mete el caballo por un sitio en que el piso está levantado y los adoquines forman pequeñas barricadas. El trastazo es mayúsculo, pero el caballo no cae y sigue, para volver a tropezar dos pasos más allá. ¡E inútil es decir que yo, apenas disminuye la velocidad del coche, doy un salto y una carrera de tal magnitud que, cuando quiero darme cuenta, siento que un caballero me coge por un brazo y me dice sonriente y tranquilizador:

«Ya, ¿para qué correr? ¡Si está el coche a más de cien metros!»

Comprendo que el señor tiene razón. Ya, efectivamente, el correr no tiene más objeto que de procurar, sin querer, que se rían de uno. Por esta vez, sin embargo, no se ríe la gente, y me encuentro de pronto rodeado por una porción de comadres que me ofrecen vasos de agua, con no sé cuantos menjurges, para que se me quite del cuerpo el susto y la sofocación.

Bebo, agradezco la cortesía, dejo a las vecinas haciendo comentarios sobre mi tipo y mi juventud, y corro al tren que ya está para salir. No me ocurre nada en el viaje, llego a Navacepedilla, abrazo a mi padre y éste, al poco rato, me pregunta por la lámpara de cristal.

¡Figúrense ustedes dónde había ido a parar la lamparita! Bueno; pues a nadie pude convencer en mucho tiempo de la verdad de lo sucedido. La lámpara la había roto yo, y todo lo que dije era una disculpa.

¡Comodidad soñada

no comparada al oro!...

¡Cuántos disgustos

a tus siervos cuestras!...

Por el hallazgo,

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.



Año III.—Núm. 76
30 agosto 1922.

Entre las jóvenes aristocráticas que más simpatías y admiraciones despiertan en la sociedad de Madrid, cuéntase la bella señorita Blanca de Anduaga, hermana menor de la Duquesa de Rivas. No necesitamos, pues, decir la ufanía con que nos asociamos a ese homenaje de simpatía, reproduciendo su retrato en nuestra primera página.

EL DULCE DESTIERRO

A SEGURA quien puede saberlo que los hijos del infortunado Emperador Carlos de Austria Hungría y de la Emperatriz Zita se manifiestan encantados de su estancia en España. Su augusta madre les inculcó desde el primer instante el sentimiento de la gratitud y así el Archiduque Otton, el primogenito, el heredero, supo evidenciar ese agradecimiento a S. M. no bien puso el pie en Madrid, al llegar del triste destierro de Funchal, donde quedó el padre amado, a este otro dulce destierro de España, ofrecido generosamente por Don Alfonso XIII, después de logrado el permiso de las naciones aliadas, interesadas en mantener lejos de su país a la familia que en Austria o en Hungría pudiera ser, sólo con su presencia, motivo para que los numerosos monárquicos de aquellos países sintiesen renacer entusiasmos que acaso se exteriorizaran en belicosas actitudes.

Pero si el agradecimiento pudieron aprenderlo los Archiducos de Austria en el ejemplo de su madre, la satisfacción, el contento que demuestran por lo bien que lo están pasando en España, es un sentimiento perfectamente espontáneo y natural, que es el que más ha de halagar a nuestro Rey, preocupado por la suerte de estos Príncipes que pasaron de la posición más elevada a una de las desgracias mayores que pueden acontecer en este complejo mundo a persona humana.

Encantados se hallan, pues, entre nosotros los simpáticos Archiducos. Ahora en Lequeitio, respirando las brisas del Cantábrico, como antes en El Pardo, saltan gozosos, ríen felices con la alegría de quienes se encuentran en tierra amiga y entre brazos amorosos. Cuéntase que hay una vieja leyenda alemana, según la cual la desventura ha de ir siempre del brazo de la esperanza:

En el bosque dormido,
como diosa encantada,
una fuente murmura
su constante sonata.

La canción de la humilde,
bullíciosa fontana
siempre aleja los males
que conturban el alma.

¿Dónde vas, blanca niña,



El Archiduque Otton, primogénito de los Emperadores de Austria-Hungría, que se halla actualmente en Lequeitio, con sus hermanos, pasando una temporada en el Palacio de los Condes de Torregrosa.



Último grupo del malogrado Emperador Carlos de Austria, con su familia, hecho pocos días antes de salir para Funchal.

dónde vas, niña blanca,
transponiendo pinares,
anhelante y descalza?

Ven aquí blanca niña,
bebe un poco en mi agua;
si el camino perdiste
que te lleva a tu casa,
te daré nuevos bríos
y en tu próxima marcha
verás clara la senda
que tu vista no halla.

¡No hay jamás desventura
que no aliente esperanza!
Ven aquí, blanca niña;
ven acá, niña blanca.

De esta leyenda, que tiene este y parecidos fragmentos que conducen al mismo fin, dedúcese bien claramente que en el alma germana no cunde tan fácilmente el desaliento como pudiera creerse.

Por muy grande que sea el dolor, por muy repetidos que fuesen los golpes de la desgracia, siempre habrá una ilusión que avive en los pechos la idea de días mejores. La blanca niña que se pierde en el bosque dormido, ¿por qué ha de llorar sin consuelo, creyéndose desventurada para siempre? ¿Por qué no ha de hacer caso a la canción del agua que le presta alientos para emprender de nuevo el camino hacia el hogar, símbolo de dicha?

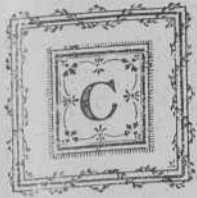
Alemania es, como Austria, un país de leyendas, y toda leyenda supone poesía y toda poesía ilusión. ¿Por qué los Archiducos austriacos y su augusta madre no han de soñar con la senda de su felicidad? Un bosque terrible, de muy intrincadas espesuras, les hizo perderse durante una noche que parecía sin fin.

Una lucecita brilló, no obstante, en el horizonte. ¡Ya no deben perder la esperanza! ¿Tardarán mucho en escuchar la canción del agua pura? Eso nadie puede predecirlo; pero, desde luego, la desventurada familia Imperial no habrá dado al olvido la vieja leyenda de la niña rubia que se perdió en el bosque.

¿El Trono? Es lo de menos. La reintegración a la Patria, al hogar: esa es la felicidad verdadera; esa la luz que brilla allá lejos...

V. A.

LA GUERRA DE ÁFRICA DEL SESENTA CAUDILLOS DE OTRA ÉPOCA



CUANDO D. Pedro Antonio de Alarcón escribía su interesante *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, no supondría a buen seguro, como no lo imaginarían sus contemporáneos, que sesenta y dos años más tarde seguiría siendo una cuestión de palpitante actualidad la lucha «con el infiel marroquí», y continuaría constituyendo una incógnita para los españoles el final de esta contienda, en la que tantas vidas se están sacrificando y tantos intereses se están exponiendo.

Desde 1860 hasta 1922 la historia de nuestra acción en Marruecos está llena de heroicos hechos de nuestros compatriotas, de indudables éxitos y de lamentables contratiempos, que, en una lucha de esta clase, tienen, si no explicación, cierta disculpa al menos. Por lo mismo que el moro no está organizado como combatiente y que en cada marroquí hay un guerrero, es más difícil derrotarle con carácter definitivo. Se podrá causarle grave daño, infligirle duro castigo, escarmentarle...; pero cuando una cábila está sometida por las armas, se alzarán otras, y cuando unas harcas se entreguen, las demás procurarán traicionarnos. Es el eterno procedimiento; es la manera de resistir a nuestra campaña. Por eso toda obra que tienda a asegurar por medio de la acción civil lo conseguido previamente por la necesaria intervención militar, es la única que tiene garantías de éxito suficientes para llevar la paz de un modo permanente a esa tierra que tan hostil se nos muestra.

Muchos años de luchas han transcurrido desde las que Alarcón presenciara. Poco parece lo logrado por España en tanto tiempo, y sin embargo, si nos detenemos un momento a reflexionar, ¡qué diferencia tan enorme entre la situación de entonces y la de ahora! Si el General Prim levantara la cabeza y viera toda la zona conquistada entre Tetuán, Ceuta, Larache y Xauen, lo creería un sueño; un sueño, sí, realizado merced a muchos y terribles combates en los que la sangre española regó generosa los campos africanos.

Pero sea mucho o poco lo conseguido y no nos toca a nosotros analizar la importancia de la obra realizada—, lo indudable es que la acción de España en la zona de Marruecos que nos corresponde pacificar, ha llegado a un momento culminante de verdadera transcendencia.

¿Lo conseguirán los encargados de realizar la difícil empresa? Hemos de confiar en ello y, sobre todo, hemos de hacer votos por que así sea.

Y entonces, como ahora, la satisfacción del éxito y el elogio a quienes deseamos que lo logren no podrán menos de ir unidos al recuerdo de quienes hace sesenta y dos años pusieron, sobre el campo de Marruecos, su inteligencia, su voluntad y su valor al servicio de la causa de España.

Cinco fueron las figuras culminantes de aquella campaña. En la memoria de todos están sus nombres, pero siempre será obra de justicia recordar sus hechos.

El General en jefe, el antecesor del Alto Comisario, era—¿cómo olvidarlo?—el Teniente general D. Leopoldo O'Donnell, Conde de Lucena, a quien le fué conferido más tarde, como recompensa por la brillante campaña, el ducado de Tetuán. No en vano aquellos cuarenta mil hombres que España puso entonces en tierra marroquí supieron convertir el escasísimo territorio con que contábamos en torno de Ceuta, en una zona que llegó hasta Tetuán, la ciudad que fué principal objetivo de nuestras operaciones y cuya conquista ha sido después la base de todas las acciones realizadas en la parte occidental del Marruecos español.



D. Juan Prim, Duque de los Castillejos, héroe de la guerra de África, jefe de las fuerzas de reserva.

Pocas figuras habrán adquirido relieve parecido al del General O'Donnell en aquellos días.

Oígamos al inolvidable y siempre sincero Alarcón:

«Era el hombre de las luchas políticas y parlamentarias; el adalid de la oposición o el mantenedor del Gobierno; el Senador cuya mente fría, carácter igual y conducta enigmática había yo estudiado durante largos años desde la tribuna de periodistas; era el conspirador que sirve de eje hace mucho tiempo a nuestras vicisitudes políticas; aquel que, llamándose conservador de orden, es, en mi concepto, el conservador de nuestra Revolución Constitucional, que ya iba siendo palabra vana cuando él levantó su estandarte en 1854; era el único de nuestros gobernantes que hasta ahora ha demostrado bastante fuerza para sujetar con una mano a la rencidante tiranía y con la otra a la impaciente libertad...»

Y el autor del *Diario de un testigo*, que sin ser, ni mucho menos, su correligionario, de tal modo se expresaba ante la vista de O'Donnell, no ocultaba ni su respeto ni su admiración al pensar «en el enorme peso que gravitaba en aquellos momentos sobre aquel soldado; en la inmensa responsabilidad que había contraído a los ojos de España, de Europa y del mundo en-

tero, y en la cuenta que tenía que dar a cuarenta mil familias de la vida de los que estaban bajo sus órdenes; a la nación, de su honra, de su nombre, de su bandera; a los extranjeros, de la importancia de España, de su fuerza, de su poder y de su respetabilidad, y a Isabel II, del lustre de su reinado.»

Aquel hombre, pues, tenía que atender desde su tienda de lienzo, en medio de las balas y contrariado por los más crudos temporales, a los negocios de España, cuya política dirigía como Presidente del Consejo; a los partidos, que le combatieron; a sus émulos, que le acechaban; a las potencias de Europa, que empeñaban otra vez a acordarse de nosotros; a los planes de los marroquíes que, entonces como ahora, inventaban todos los días un nuevo método para atacarnos o una nueva astucia para sorprendernos, y al ejército español, que reclamaba de él víveres, municiones, transportes, hospitales, gloria y vientos favorables—no olvidemos que los buques navegaban a la vela—, para que no nos abandonase nuestra escuadra. Y como si todas estas preocupaciones fuesen aún pocas para un hombre, una terrible epidemia de cólera, que diezaba los campamentos y a la que había que combatir con una insuficiencia de medios, notoria en aquellos tiempos.

Sólo por el hecho de haber vencido tantas dificultades de tan diversa índole y de haber dado cima a la arriesgadísima empresa felizmente, se hizo acreedor el Duque de Tetuán a la eterna gratitud de los españoles. Ello, sin contar los momentos en que, por su dirección y preparación personal, obtuvieron nuestras tropas brillantes triunfos y sin hacer mención de los muchos instantes en que, olvidándose de que era General en Jefe y creyéndose un Capitán al frente de su escuadrón, puso su vida en peligro, dispuesto a sacrificarla—con imprudencia, pero con gallardía; con impremeditación, pero con generosidad—por el buen nombre de su Patria.

Junto a la figura de O'Donnell resplandece con luz propia la del General Prim. ¡Prim! Sólo el nombre es evocador de grandes hazañas. Prim fué el caudillo por autonomía; el continuador de toda una historia de bravos Capitanes que escribieron, con sus hechos gloriosos, sucesivos, la tradicional leyenda de la indomable bizarría española. Atravesado por una bala asesina y a traición, cayó en tierra el que tantas veces a pecho descubierto había desafiado centenares de balas enemigas. Pero el fuego de un adversario, con el que se lucha por un ideal, por una necesidad nacional o por un agravio, es al fin noble; a él se expone el combatiente; lo desafía y lo encuentra o lo burla. No es, en modo alguno, el plomo alevoso y traidor, que sale de detrás de una esquina para arrebatar la existencia de un hombre que pacíficamente regresa a su hogar. De todos modos parece como si Prim, tantas veces a punto de ser muerto en acciones de guerra, hubiese estado predestinado a sucumbir atravesado su cuerpo por una bala. Como dirían los fatalistas, estaba escrito que no viese llegar tranquilamente su última hora en su lecho y entre los suyos.

Fué D. Juan Prim, Conde de Reus, un espíritu enérgico y arrollador en un cuerpo de roble. No conocía la fatiga ni el desaliento; no sabía lo que era el miedo, pero tenía en cambio una noción exacta del deber y del patriotismo. Y como su temple de guerrero le dominaba en todo instante, realizó hazañas dignas de un Hernán Cortés o de un Cid, que, ahora vistas al través del tiempo, parecen adquirir doble relieve. Se dirá que lo que Prim hacía no era propio de Generales sino de Oficiales, y que en la actualidad hay en nuestro Ejército centenares de españoles tan bravos y tan heroicos como Prim lo fué. Exacto. Para bien del prestigio de la bizarría española es un timbre de orgullo saber que el Teniente coronel Primo de Rivera y el Comandante González Tablas han dado pruebas, antes de entregar sus vidas, de un valor y un espíritu de abnegación insuperables, y que allí, sobre el campo marroquí, se hallan nombres que, como Sanjurjo y Millán Astray, Burguete y Ponte, Franco y Castro Girona y cien y cien más, mantienen en alto el pabellón de nuestro heroísmo tradicional. Pero si en tiempos de Prim bastaba, en la guerra con los moros, el arrojo en un momento oportuno, ahora no puede ser sino un factor parcial—muy estimable siempre—en la lucha total, para vencer en la cual son precisas tales condiciones de inteligencia, conocimientos, prudencia, serenidad y tacto, que no es suficiente que un Jefe sea un buen soldado, sino un gran político, un exquisito diplomático y un hombre culto, especializado en el asunto a él confiado.

Nosotros los españoles, sin embargo, siempre nos descubriremos con admiración ante un caudillo del temple de Prim. Eternos enamorados de todo lo heroico, lo apreciamos en lo que tiene de sublime y no reparamos en lo que puede tener de temerario; el caballero de las abnegadas gallardías siempre poseerá ante nuestros ojos una aureola de que carecerá siempre el varón prudente que, realizando acaso obra patriótica más eficaz, no tenga lo que los franceses llaman gráficamente un bello gesto.

Por eso Prim será siempre para nosotros—aparte la razón de sus res-



D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuán, General en Jefe del ejército de Africa, en 1860.



El General Echagüe, Conde del Serrallo, Comandante del primer cuerpo de ejército.

tantes merecimientos, la encarnación de una de las virtudes más arraigadas en nuestra raza.

El que con una tenacidad ejemplar, combatiendo casi a diario, logró construir el camino de Ceuta a Tetuán, mandando las fuerzas de reserva, que tan brillante papel hicieron durante toda la campaña; el que, en el momento culminante de la famosa batalla de Castillejos, supo llevar a la victoria a sus tropas, un instante indecisas, lanzándose al asalto del enemigo al frente de sus soldados, que le siguieron como fieras, por haber visto a su Jefe tremolando en su brazo la bandera española, que no podía ser vencida; el que se cubrió más tarde de gloria en unión de los voluntarios catalanes, de perenne recuerdo, y el que en innumerables ocasiones, en fin, no dudó en exponer su vida y su nombre por la causa nacional, no podrá, en efecto, ser citado por labios españoles sin un sentimiento de admiración profundísima. Tal merece el Duque de los Castillejos.

Gran español y buen militar fué también el General Echagüe, que tuvo a su mando, durante la campaña, al primer cuerpo de Ejército y que, por lo tanto, soportó lo más ingrato y lo menos brillante de la lucha. Los primeros choques, sangrientos y victoriosos, en el Serrallo de Ceuta, por él fueron dirigidos. En las primeras acciones, sus fuerzas llevaron todo el peso; las primeras conquistas—cuando los moros estaban menos castigados—, por él fueron realizadas. En el combate del 25 de noviembre de 1859 fué herido el ilustre militar, y su sangre generosa corrió, confundida fraternalmente con la de sus soldados, sobre los campos de batalla. Después su consejo y su espada no cesaron de procurar el bien de España. Y la Reina premió sus eminentes servicios concediéndole el título de Conde del Serrallo.

El segundo cuerpo de Ejército tuvo por Jefe al General Zabala, de perdurable memoria. Pocos militares habrán gozado jamás de la consideración y la simpatía de que disfrutaba el Conde de Paredes. En las acciones de Sierra Bullones—en las que tanto prestigio adquirió por sus aciertos—, demostró bizarría e inteligencia extraordinarias.

En colaboración con las tropas de Echagüe causó al enemigo las derrotas más importantes, anteriores a la llegada de las tropas de refuerzo que decidieron la suerte de la campaña, y más tarde, en la famosa batalla de los Castillejos, su intervención personal contribuyó en buena parte al resultado total de la contienda.

«Este esforzado y jamás vencido General—dice Alarcón al referir tal hecho—, había llegado con sus fuerzas precisamente en el instante en que el Conde de Reus echaba su vida en la balanza a fin de inclinar la victoria del lado de nuestro pabellón. Desde las alturas de la derecha, por donde avanzaba al frente de sus tropas, vió el peligro y se dirigió a él. Mas, para llegar a aquel punto, le era forzoso atravesar una cañada interpuesta entre sus posiciones y las de Prim y defendida de un modo formidable por una infinidad de moros que enfilaban a lo largo de ella sus disparos... Intentar cruzarla era otra temeridad semejante a la que acababa de acometer el Regimiento de Córdoba con éxito tan glorioso y memorable. No vaciló, empero, el Conde de Paredes, y sacrificando también a los bizarros Jefes y Oficiales que componían su cuartel general, púsose a la cabeza de aquellos heroicos batallones que tanto se distinguieron el día 9 de noviembre en las alturas del Serrallo y llegó, a todo trance, a la codiciada posición. Tan noble intrepidez no pudo menos de ser grande en resultados.»

Horas después, cuando, concluida la batalla, quiso el General Zabala echar pie a tierra, sintióse como clavado en la silla. Estaba baldado. Y en Ceuta, desesperado y dolorido, tuvo que ver correr muchos días, sin poderse mover, mientras que sus fuerzas, mandadas entonces por Prim, proseguían su avance; hasta que, en un día luminoso, pudo volver, mejorado, junto a ellas y entrar, con las del General Ros de Olano, en Tetuán. Y en nuestra historia quedará escrita una página de gratitud perenne hacia el ilustre Marqués de Sierra Bullones.

Hemos nombrado más arriba a D. Antonio Ros de Alano. El fué quien, en diciembre de 1860, desembarcó en Ceuta al mando del tercer cuerpo de Ejército. Lo bien organizadas, disciplinadas e instruidas que llegaron sus tropas, influyó no poco en los brillantes triunfos que desde el primer momento obtuvieron. El General Ros de Olano,—aquel español insigne que como militar había sido laureado por sus heroicidades en anteriores campañas bélicas, y como poeta, contaba con numerosos admiradores, siendo además camarada de Espronceda, para quien escribió el prólogo de «El diablo mundo», a él dedicado—, hizo en Marruecos un brillantísimo papel, tomando parte en todos los combates que decidieron el triunfo final.

A poco de llegar fué víctima del cólera, al cual venció merced a su robusta naturaleza. Después, en las orillas de Río Martín y en los llanos de Tetuán fué, con O'Donnell y Prim, el Director de las operaciones que dieron por resultado la posesión de la ciudad deseada. El título de Marqués de Guad el Jelú, con que fué recompensado, no pudo ser más merecido.

O'Donnell, Prim, Echagüe, Zabala y Ros de Olano fueron, pues, cinco figuras de las que la Patria siempre se envanecerá. Ellos afirmaron sobre el suelo africano el poderío de España y pusieron los primeros jalones para las conquistas de ahora.



El General Zabala, Marqués de Sierra Bullones, Comandante del segundo cuerpo de ejército.

Caudillos de su tiempo, demostraron en todo momento aptitudes y superioridad para el feliz desempeño de la difícil misión que les fué encomendada.

Con ellos alcanzaron laureles permanentes otros invictos Generales que a sus órdenes lucharon: García—Jefe del Estado Mayor—, Turón, Quesada, Conde de la Cimera, Ustáriz, Mackenna, Otero, Villate, Mogrovejo, Rubio, Moreta, Rubín, Orozco, O'Donnell (D. Enrique), Cervino, Alcalá Galiano—Jeje de la división de Caballería—, Ríos, que mandaba la división de refuerzo y tantos otros que escapan ahora de nuestra memoria.

Especial recuerdo merece el Brigadier Dolz, Comandante general de Artillería, que sucumbió en la campaña. Fué el día 31 de enero, en el combate de Guad Jelú. Hallábase aquél en el Cuartel general de O'Donnell en primera línea, entre las guerrillas de tiradores. Los moros, hábiles guerreros, apuntaban bien y aun cuando no acertaron a derribar al impasible Duque de Tetuán, sí lo hicieron con varios de sus abnegados acompañantes. La muerte de Dolz, de un balazo en la frente, produjo en O'Donnell tal indignación que fué entonces cuando decidió el rápido y decisivo ataque que dieron las tropas mandadas por Ros de Olano, Turón y Cervino, en combinación con otras muy bizarras de Infantería y que tuvo por resultado el hecho de que una hora más tarde ondeara la bandera española sobre todas las cumbres de Sierra Bermeja.

En aquella batalla—una de las más importantes de la campaña—, hubo varios hechos en que algunos de los generales antes citados, y muchos que entonces o luego adquirieron renombre militar, portáronse con ejemplar bravura. Digna de especial recordación fué la conducta de las tropas de Ríos, que operaron en una región pantanosa.

«Allí se veía marchar—leemos en Alarcón, nuestro fiel guía—, al general Ríos, al frente del regimiento de *Iberia*, de un batallón de *Cantabria* y del

Provincial de Málaga, llevando consigo una compañía de artillería, mandada por un bravo capitán que se ha distinguido extraordinariamente en esta guerra y de quien se habla, entre justos elogios, en los partes de todas las acciones dadas hasta hoy: por D. José López Domínguez, en fin, que ha hecho las campañas de Crimea y de Italia, comisionado por nuestro Gobierno cerca del Ejército francés y cuyas proezas en Africa celebran desde los generales hasta los soldados de todas las armas e institutos.»

Mas no fueron estos generales y jefes citados los solos que se distinguieron brillantemente en aquellas importantes acciones. El Coronel Duque de Gor, por ejemplo, se batió con singular denuedo, siendo digno del mayor encomio el hecho de que un Grande de España, a quienes sus mayores lograron gloria y caudal al transmitirle el noble apellido Bohorques, no satisfecho con la posición debida a su nacimiento, procurase y consiguiese conquistar otra por sí mismo, acreciendo así los timbres de su escudo. Y así como los Jefes de otros Cuerpos—los Coroneles Alaminos, Pino, Uliburri, Novella, Cos Gayón y muchísimos más—, rivalizaron también con los oficiales en valor y en el sereno cumplimiento del deber, otros muchos aristócratas acudieron también como el Duque de Gor a defender la causa de España llevando al Ejército una honrosa personificación de la Grandeza. Las casas de Corres Ahumada, Fuente-Pelayo, la Concordia, Amarillos, la Cimera, Malpica, Fernández de Córdoba, Salazar, Noblejas, Mirasol, Villadarias y otras, enviaron a los campos africanos jóvenes vástagos, que dejaron muy alto el pabellón de nuestra nobleza.

Pero tanto los poderosos como los humildes, los generales como los soldados, todos en aquella lucha se distinguieron por un sentimiento de fraternidad que les unía, haciéndoles a todos vibrar como un solo corazón. La imagen de Turón, el recio *General-soldado*, como le llamaban, era representativa. «Bien se portó el Ejército en Africa en 1860! Llevado por un ideal y alentado por crecientes éxitos, se superaba siempre a sí mismo. Y ni un solo momento dejó de ofrecer con generosidad su sangre por el bien de la Patria.»

La acción de la escuadra fué importantísima también, pues sabido es que las tropas operaron en su mayor parte teniendo a un flanco la costa.

Por eso los marinos de Díez de Herrera y Bustillo fueron tantas veces aclamados por sus hermanos del Ejército.

Para todos aquellos hombres—generales, jefes, oficiales, soldados—, que se batieron ejemplarmente por España; para cuantos nos dieron la verdadera norma a seguir, sea nuestro saludo de hoy. Los pocos veteranos que quedan—venerables viejecitos que asistieron a aquellos combates siendo casi niños—, deben ser para los soldados de ahora como espejos en los que han de mirarse si quieren ser dignos continuadores de sus hazañas.

Y sea cual fuere la suerte que el porvenir nos depare sobre el ingrato suelo marroquí, siempre será motivo de gratitud para la Patria el noble esfuerzo de quienes, en todo momento, sepan acordarse de que es preciso defender a toda costa el prestigio y el honor de España.

ATALAYON.



El General Ros de Olano, Marqués de Guad el Jelú, Comandante del tercer cuerpo de ejército.

CRÓNICAS DE SAN SEBASTIÁN

EL ENCANTO DEL GRAN CASINO

COMO esas flores que conservan la pompa de sus pétalos y el brillo de sus colores al través del tiempo, con la virtud de la perpetuidad; como esos árboles que muestran sus hojas constantemente verdes como en una constante lozanía; como las obras maestras de la Literatura y de las Ciencias, que jamás han de morir en el recuerdo de los vivos, así el Gran Casino de San Sebastián tiene el secreto del supremo encanto permanente; el dón del perenne atractivo, superior a cuantos pueden cautivar en la bella perla del Cantábrico y en las demás ciudades modernas y progresivas.

Este año el Gran Casino ha llegado al máximo de su animación; y es porque ha alcanzado la suma de todos sus encantos. ¿Puede hablarse de competencias ni de rivalidades tratándose de él? De ningún modo. El Gran Casino de San Sebastián es único, como lo es, en belleza clásica, el Partenón de Atenas y en nuestra literatura el *Quijote*. ¿Quién admite comparaciones? Nadie que tenga la menor noción de las cosas y sepa apreciar lo verdaderamente bueno de ellas. Por eso los que a San Sebastián han acudido este año para veranear, y los que en San Sebastián viven corrientemente, no han dudado en seguir dedicando sus preferencias a este palacio de la elegancia y la alegría, que en los numerosos años que tiene de existencia ha conquistado la confianza de todos, contribuyendo de modo decisivo al actual florecimiento extraordinario de la capital de Guipúzcoa.

He aquí una afirmación que nadie podrá tampoco poner en duda: lo que San Sebastián debe al Gran Casino es tanto y tan importante que muy difícilmente podría detallarse; bien es verdad que la población, y con ella todos los veraneantes, no sólo no cesan de exteriorizar hacia él su gratitud, sino que, cada vez más partidarios de sus encantos y más seducidos por sus atractivos, acuden a él y se rinden unánimemente a sus halagos, como esclavos que son de esta Diosa pagana que tiene porte de Emperatriz.

La suntuosidad de sus constantes fiestas; el sello de verdadera distinción que tienen; el mérito de los conciertos artísticos, dados por los mejores profesores de España, y, en general, todo el programa de atracciones que este verano se está desarrollando ante el maravillado espectador, significan, además, que el Gran Casino ha sabido hallar el medio de superarse a sí mismo, que es una de las empresas más difíciles de realizar.

Basta con recordar algunas de las fiestas allí celebradas y con detallar las importantísimas que se verificarán en septiembre, para formar una idea aproximada de lo que es este año la vida en aquella mansión de ensueño. Festivales artísticos, fiestas nocturnas, sesiones de fuegos artificiales delante de la terraza, iluminaciones, cotillones, *soirées* de gala, exhibiciones y concursos de baile, *dancing* aristocrático, *the dansant* diario, sesiones de *variétés* por las principales figuras, conciertos... ¿No parece todo esto de leyenda? Pues no olvidemos que en su *restaurant* se reúnen a comer las familias aristocráticas más conocidas y que en su ideal terraza, uno de cuyos extremos da sobre

el mar, se congrega una concurrencia distinguidísima. Allí está todo San Sebastián a última hora de la tarde; allí está el centro de la vida de la gran playa española; allí triunfa la elegancia. Razón tiene quien dice que San Sebastián es el Gran Casino.

El 1.º de julio comenzó sus conciertos la gran orquesta de 80 profesores que dirige el ilustre maestro D. Enrique Fernández Arbós. Aparte de los diarios, da esta orquesta conciertos clásicos por las tardes de los martes y conciertos artísticos en días determinados. En julio cooperaron como solistas a la labor de los profesores—en dos conciertos cada uno—, la famosa pianista señorita Helene León, la gran cantante señora Martinelli y nuestros célebres compatriotas D. Antonio Fernández Bordas, mago del violín, y el pianista Iturbi. En agosto los solistas fueron las señoras

Sr. Paulet, la violinista señorita Noela Cousin, los cantantes señora Lyse Charny y Froelich de la Cruz y el pianista Rosenthal, tan admirado en España.

Por el teatro han desfilado y desfilan, como antes decimos, las principales estrellas del género de *variétés*; tales como la *Argentina*, *Amarantina*, *Nita Solbes*, *Ninón*, Lolita Méndez, *Dora la Cordobesita*, Amalia Isaura, Isabelita Ruiz, *Laura de Santelmo*, Luisa Vila, Amalia Jan Bak y otras para quienes el público no ha escatimado ni escatima sus entusiastas aplausos, como muestras de admiración.

El *restaurant* del Gran Casino es, tradicionalmente, centro de la aristocracia. Los lunes y los viernes, especialmente, en que hay *diners* de gala, se ve el hermoso comedor brillantísimo. Después de la comida hay siempre baile e inútil es decir

que los Boldi, verdaderamente insustituibles y la *jazz-band* Denny's hacen las delicias de los bailarines... y aun de los que se conforman con ver bailar y con escuchar el moderno repertorio de *fox trots*, *one steps*, *shums* y otras danzas más o menos importadas de Norte América.

Para el gran concurso de baile cuenta el Casino con profesores de los méritos y la maestría de la pareja M. y Mme. Roger.

¿Teníamos o no razón cuando decíamos que el Gran Casino es, en San Sebastián, algo único e inconfundible? Su situación incomparable en un extremo de la Concha, o sea en el mejor sitio de San Sebastián; sus fiestas incopiables por el lujo, la distinción y el arte que las caracterizan, y

la colaboración que, para tal brillantez, aportan los mejores artistas del mundo, abonan nuestra convicción.

Ahora, al llegar septiembre, la ciudad que ha sabido festejar el centenario de Elcano—para evidenciar su respeto y su amor a las glorias que fueron—, sabe también vestirse con sus mejores galas para rendir tributo a los que hoy la enaltecen. Los festejos mejores, los artistas más preclaros a San Sebastián acuden y por el Gran Casino desfilan.

¿Cuántos recuerdos de otros años en la misma época despertará en muchos la contemplación de esa encantadora terraza, por la que han pasado las muchachas más bellas de nuestra sociedad! ¿Y cuántas emociones suscitará seguramente esa terraza este bendito mes, que es el broche de la temporada estival!

Amemos la vida; seamos optimistas; veamos el lado bello de las cosas... Para hacer frente a las contrariedades o preocupaciones de los tiempos, ¿qué mejor panacea que mirar al Gran Casino, fuente de alegría, manantial de belleza y templo del Arte?

Por mirar San Sebastián a su Gran Casino, por fiar en él y en el trabajo de los guipuzcoanos, la hermosa ciudad ocupa hoy en España un lugar preeminente y es orgullo de su Patria. Su ejemplo debe acompañarnos; por algo la Providencia colocó a San Sebastián en la vanguardia de España: en las puertas del resto de Europa.

PEDRO DE PASAJES.



Vista exterior del Gran Casino de San Sebastián.

Gills, cantante, y Suggia, violoncellista; el pianista Harold Bauer, la cantante señora Croiga y el violinista español José Sedano, portentoso artista que está considerado como el sucesor de Sarasate.

Para septiembre, el mes en que San Sebastián alcanza su mayor animación, tiene el Gran Casino preparadas sus novedades principales y lógico es que el maestro Arbós y sus compañeros hayan organizado unos programas de interés creciente. De ellos serán notas salientes los festivales musicales que se celebrarán los días 6, 13 y 20, dedicados, respectivamente, a Franck, Schumann y Brahms. En el festival Franck se interpretará su famosa obra *Redención*, para coro mixto, orquesta y soprano solo. Será solista la señorita Cleo Christophe y el coro el Orfeón donostiarra, que tomará parte en todos los festivales. En el dedicado a Schumann se cantará *El Paraíso y la Perla*, corriendo los solistas a cargo de la señorita Christophe, la señora Charny y los Sres. Paulet y Froelich de la Cruz. Y en el festival Brahms se interpretarán: una overture, duos para soprano y contralto, cuatro cantos para coro de mujeres, dos trompas y harpa, rapsodia para coro mixto, orquesta, y contralto y un *Requiem* para coro, orquesta, soprano y barítono, siendo en todo el festival los solistas los cuatro notables artistas antes citados.

En los restantes conciertos artísticos de los días 8, 9, 11, 15, 22, 27 y 29, figurarán como solistas, en unión de la gran orquesta, el cantante

EL ARTE DE JUAN JOSÉ GÁRATE



La señorita Blanca Borbón, de niña. Pastel.

bien pronto pensamos que acaso una conversación con la que él eligió por compañera de su vida sería más provechosa para poder destacar mejor rasgos y éxitos que el artista, por modestia, hubiese seguramente ocultado.

Pasamos al estudio. Sus muros están cubiertos totalmente por lienzos pintados: unos son cuadros completamente concluidos, otros a medio terminar; otros son bocetos y estudios. Sobre un caballete, un magnífico retrato de una anciana venerable. Esa sola obra basta para afirmar el prestigio de un autor. Tapices, bronce y sedas completan el adorno del estudio.

—El Sr. Gárate—apuntamos—, ¿es aragonés, verdad? Así me parece haberlo leído alguna vez en un periódico.

—¡Ya lo creo!—exclama su mujer—. Nació en Albolate del Arzobispo, pueblo de la provincia de Teruel. Sé que desde muy pequeño tuvo una afición decidida por la pintura.

—A mí me han contado que a los diez años...

—¡Exacto! No tenía más cuando pintó al carbón un retrato del Rey Don Alfonso XII, que mereció extraordinarias alabanzas. Desde entonces, su familia comprendió que Juan José tenía en la pintura verdadero porvenir, y a Teruel lo envió. Pronto la Diputación de aquella provincia le pensionó para que realizara en serio sus primeros estudios, y a Madrid vino, trabajando aquí mucho y con entusiasmo.

—Pero yo había oído decir que en Roma...

—Eso fué luego. Consiguió, como premio a sus trabajos, una pensión en la capital de Italia y allá marchó. Ocho años estuvo en Roma. Puede decirse que toda su primera juventud. Allí estudió mucho y aprendió cuanto fué la base de su técnica actual.

—¿Vino después a España?

—Sí. Dió a conocer entonces varias obras, que merecieron grandes alabanzas... ¡y otra vez al extranjero! En el extranjero hemos permanecido bastante tiempo.

—¿En alguna nación determinada?

—No, en varias: en Italia, en Francia, en Suiza, en Alemania. Sobre todo en Alemania. Allí Juan José consiguió en seguida una gran reputación, trabajando especialmente el retrato.

—Y a España definitivamente, ¿cuándo?

—En 1912. Bien ganado se tenía el descanso en su Patria. Desde que se instaló en Madrid ha trabajado mucho y con resultado. ¡Eso usted lo sabe mejor que yo! De la sociedad madrileña no sólo no tiene queja, sino que le está cada día más agradecido. ¡No sabe usted los encargos que recibe! Claro que es porque él no sólo pone en su trabajo cuanto sabe, sino que lo hace con entusiasmo; con ese entusias-



La Marquesa de González Castejón y sus hijas. Oleo.

Entre los pintores españoles que marchan con paso firme por la espinosa senda del arte que al triunfo conduce, figura uno cuyos pinceles han obtenido repetidas veces el estímulo del premio oficial y el aplauso público, y cuyas obras son admiradas tanto en España como en el extranjero: me refiero a Juan José Gárate, artista sincero y entusiasta, gran luchador y gran espíritu, como buen aragonés, y en plena posesión de su técnica.

Gárate, pensionado y laureado, ha adquirido la fama que hoy tiene merced exclusivamente al mérito de sus cuadros; su nombre es hoy apreciado entre los profesionales y estimadísimo entre todos los enamorados de la pintura.

Su personalidad, destacándose ya con poderoso relieve, le ha permitido, sin embargo, especializarse en un aspecto de su arte: el retrato. Y así Gárate, retratista de depurado gusto, que sabe transmitir a las imágenes que reproduce toda la emoción que en ellas sorprende, ha logrado un prestigio indudable en nuestra sociedad, merced a varios repetidos triunfos. El arte de Juan José Gárate es esencialmente aristocrático; en las figuras, en los atavíos que las adornan y en los fondos que las realzan, la elegancia de su pincel se demuestra siempre. No ha necesitado para ello acudir a predecesores ni escuelas; su pintura personal le ha puesto en el lugar que hoy ocupa. Y justo es decir que este lugar es, por todos conceptos, verdaderamente envidiable.

Cuando la otra tarde acudimos a visitarle en su estudio madrileño de la calle de Alcántara, nos recibió su esposa, bella e inteligente dama, aragonesa como él y la primera enamorada de su arte.

—Mi marido—exclamó—no está. Marchó a primeros de mes al Pirineo y no volverá hasta cerca del Otoño.

Nuestra contrariedad, al principio, fué grande. Nos prometíamos un rato de charla con el notable pintor y fallaban nuestros propósitos. Pero



Retrato de D.ª Blanca Ugón de Mora. Pastel.

que no se sabe fingir cuando no se siente, y que él, desde luego, no podría inventar porque... no olvidó usted que es aragonés y, como tal, sincero. La señora de Gárate tiene razón. Mirando los cuadros que en el estudio hay, el más profano no tiene más remedio que advertir que están hechos con fe y con entusiasmo de artista.

Llaman nuestra atención varios lienzos que reproducen distintas figuras de mujer en actitudes varias, como protagonistas de asuntos diversos; pero todas ellas como relacionadas entre sí espiritualmente. Se trata, según nos enteramos la esposa del pintor, de una serie de cuadros en la que se estudia a la mujer en sus diferentes aspectos. Esta colección será la base de la Exposición de obras de Gárate que prepara éste, para el próximo Otoño, en los salones del Círculo de Bellas Artes. En ella figurarán, además, los mejores cuadros producidos por este pintor durante los últimos años. Pertenecen a la serie mencionada los lienzos titulados *Romántica, Seducción*—un motivo eternamente humano—; *El recuerdo de la infancia, Modas*, en el que un pavo real de mayestática cola pone una nota atrayente; *Las dos hermanas*—bello grupo de dos muchachas mirándose en un espejo—; *Frito'a*, artista elegante reclinada cómodamente en un diván de su camerino y otros cuadros interesantes también.

En uno de los testeros del estudio nos llamó la atención una preciosa obra que representa varios niños jugando en la playa de Venecia. La pintó Gárate cuando sólo tenía veintidós años y obtuvo por ella una segunda medalla. La misma recompensa logró en la Exposición madrileña de hace diez años, en la sección de arte decorativo, con un precioso tríptico, colocado ahora en el fondo del estudio, de asunto mitológico. Simboliza *El amor y las flores*, y tanto las figuras como los elementos decorativos que las acompañan suponen aciertos completos del artista.

Otros muchos cuadros llamaron nuestra atención durante la visita. Sólo citaremos los más interesantes: dos figuras de *Campesinas italianas*, de firme trazo y valiente colorido; un *Don Quijote construyendo su casco*, de bella factura; un boceto de retrato del Rector de la Universidad Central Doctor Rodríguez Carraco, de parecido admirable; un aspecto del canal de Venecia y un estudio precioso de un trozo del bosque de Oza.

Pero los que más alabanzas merecen, a nuestro juicio, son dos retratos de la madre del autor.

El que aparece sobre el caballete tiene, especialmente, un alto valor indiscutible. ¿Por qué será que los artistas tienen los aciertos más rotundos al reflejar el rostro de sus madres? Y, sin embargo, ¿qué cosa más lógica que la de sentir la mayor inspiración y la de poner devotamente los más sutiles cuidados al trasladar al lienzo la imagen queridísima de la que, desde niño, se ha mirada poniendo en ella el máximo cariño?

En otra habitación, en su despacho, tiene Gárate más obras de mérito: *La aventura de los disciplinantes* del «Quijote», que ha figurado en la última Exposición de Bellas Artes y que pintó con ocasión de las fiestas del tercer centenario de la publicación de la novela inmortal; varios cuadros pequeños de asuntos italianos, entre los cuales figura uno, muy terminado, que reproduce un mercado de aquel país, y que es una verdadera miniatura; otro lienzo con las figuras de Don Quijote y Sancho Panza, y algunos más.

Preguntamos a la señora de Gárate por los retratos hechos a señoras y muchachas conocidas. Como es natural, esos no están en el estudio. Se hallan en poder de sus respectivas propietarias. La esposa del pintor recordaba, sin embargo, algunos, entre los muchos que Gárate ha hecho últimamente: el retrato de la Marquesa de González Castejón y sus hijas; el de la señorita Blanca Borbón, de niña; el de doña Blanca Aragón de Mora; y los de las señoritas Cristina Chávarri y Pepita Rozabal. Unos están hechos al óleo y otros al pastel—pues ambos procedimientos domina el artista—, y en todos se advierte esa facilidad para el parecido y esa elegancia de línea de que hablábamos antes.

Las reproducciones fotográficas que, merced a la bondad de la esposa del artista, obtuvimos, probarán a nuestros lectores que los elogios que a Gárate hemos tributado son merecidos.

Una hora duró la visita y aun nos pareció corta la estancia para la contemplación de tantas bellezas. Al despedirnos no pudimos menos de expresar nuestra fe en el éxito de la futura Exposición.

—¡Ay! ¡Dios lo quiera! Crea usted que, en cuanto regrese Juan José del Pirineo, pondrá manos a la obra. Yo quiero que haga la Exposición y... ¡ya veremos!

No conocemos a Gárate. Hemos entablado amistad con él, no obstante, al través de sus obras. Ellas nos han demostrado su temperamento y su espíritu. Pero ¿no es suficiente esto para conocer a un artista?



El estudio de D. Juan José Gárate en la calle de Alcántara, de Madrid.



La señorita Cristina Chávarri. Pastel.



La señorita Pepita Rozabal. Oleo.

LAS CARRERAS DE CABALLOS DE LASARTE ANTE EL GRAN PREMIO ALFONSO XIII

NINGÚN verano se ha visto el hipódromo de Lasarte tan concurrido como este; y nunca ha estado hipódromo alguno en España tan animado como lo está, durante estos meses de estío, el de San Sebastián. Bien es verdad que los atractivos que ofrece jamás los brindó ningún campo español de carreras y que la bella capital guipuzcoana se ha visto favorecida este año por una población extranjera y española en la que figuran las más elegantes y conocidas familias de Francia y España.

¿Cuáles son los principales factores que influyen en la extraordinaria brillantez de las reuniones de Lasarte? En primer término, el insuperable programa de carreras confeccionado; programa que comenzó a cumplirse el 9 de julio y que no terminará hasta el domingo 1.º de octubre. ¡Veintisiete días de carreras! ¿Puede pedirse más en menos de tres meses? Y como premios para esas carreras, dos millones doscientos mil francos; cantidad enorme, que representa un esfuerzo no realizado en España nunca y que ha asegurado, desde luego, el gran éxito del gran *meeting* internacional de Lasarte.

Ya se han corrido, hasta ahora, algunas pruebas interesantes que han valido éxitos notables a las cuadras del Duque de Toledo, del Conde de la Cimera, de J. Lieux, de M. de Ussía, Barón de Velasco, Valero Pueyo, Marqués de Aldama, Marqués de Villagodio, Marqués de San Miguel, Perales-Corpa y otras no menos conocidas. El Gran Criterium, el Gran Criterium Internacional y los premios Choix de Roi, Le Dragón, Ruban, Brabant, Tambour, Antivari, Antonio, Le Friand, Billycock, Don Quijote y Cupidon, congregaron en el precioso hipódromo durante julio y agosto a lo más selecto de San Sebastián siendo Lasarte el punto de reunión más distinguido y el sitio donde se unió en todo momento al interés del deporte, lo maravilloso del lugar.

Pero el interés culminante del *meeting* internacional se halla en las pruebas anunciadas para el mes de septiembre y especialmente en el Gran Premio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, que se correrá el día 10, y en el Gran Premio de Su Majestad la Reina Doña Victoria, que se disputará el día 17.

El Gran Premio Alfonso XIII no tiene precedente en el mundo. Baste decir que consiste en 569.750 pesetas, o sea bastante más de medio millón. Su disputa ha producido en todo el mundo deportivo —y aun en el no aficionado— enorme expectación justificada. El hecho de que se hayan inscripto, para disputarse el premio, las mejores cuadras extranjeras demuestra bien elocuentemente lo que decimos.

De gran acontecimiento puede, pues, calificarse la carrera central del domingo 10 de septiem-

bre, en Lasarte. Porque lo estimamos así, publicamos a continuación algunos detalles que de ella tenemos. El premio primeramente ofrecido consiste en una copa de oro, ofrecida por Su Majestad el Rey, y 500.000 pesetas: la copa y 400.000 pesetas al primero; 50.000 al segundo; 30.000 al tercero, y 20.000 al cuarto. Al premio se ha añadido, además, una prima de 50.000 pesetas al criador del ganador, si el producto es nacido en España. La carrera es para caballos y yeguas de tres años en adelante, y la distancia de 2.400 metros, aproximadamente.

Entre los caballos inscriptos para la prueba



S. M. el Rey en el Hipódromo de Lasarte.

figuran los siguientes: *Kircubbin*, del Marqués de San Miguel; *Harpocrate*, del Duque de Decazes; *Hallebardier*, de M. Michel Lazard; *Cid Campeador*, de M. A. Eknayan; *Binic*, de M. D. Stern; *Franklin*, de lord Carnarvon; *Guerriere II*, de M. J. D. Cohn; *Albano*, de la señorita M. de Ussía; *Yohimbine*, de M. Lucien Niguet; *Gastón de Foix*, de M. H. Letellier; *Abri*, del Barón Ed. de Rothschild; *Joyeux Drille*, de M. M. E. Ambatielos; *Pleurs*, de M. A. Eknayan; *Le Morier*, de M. Tranquile Tabard; *Mirabeau II*, de M. Amédée Sabathier; *Sereska*, de M. G. Guerlain; *Syntheme*, de M. Jean Lieux; *Wild Star*, de Mr. Frank Turner; *Despard*, de M. K. Macomber; *Allexton*, del Marqués de Aldama; *Beau*, de M. J. Lieux; *Ruban*, del Duque de Toledo; *Sandover*, de la Marquesa de Villagodio; *Feying Post*, de D. Valero Pueyo; *Flag*, de M. Amédée Sabathier; *Senegalais*, de M. Lucien Niguet; *George Lowe*, de M. J. Y. Rogers; *Ippecourt*, del Conde de la Cimera, y *Gran Capitán* y *Ma Blonde*, del Barón de Velasco.

Fácilmente se comprenderá que la lucha va a ser reñidísima. Las cuadras extranjeras más acreditadas vienen, con sus mejores caballos, a intentar llevarse el codiciado premio. Los propietarios españoles, por su parte, preparan los ejemplares en que más confianza tienen y los entrenan para procurar que el pabellón nacional triunfe y la

copa del Rey se quede en España... Y, mientras tanto, la expectación aumenta; los cálculos y los comentarios previos sobre el resultado se suceden, y el Gran Premio Alfonso XIII constituye la actualidad en todo San Sebastián.

¿Cabrán en Lasarte todo el público que acuda a presenciar las carreras? He aquí una pregunta a la cual nadie puede ahora contestar. Desde luego, no hay duda de que por el amplio y bellissimo hipódromo no se podrá dar ni un paso.

El Gran Premio de la Reina Doña Victoria no será menos disputado; ¡como que alcanza la suma de 112.250 pesetas! También para él se han inscripto las más famosas cuadras.

Y como todo el mes de septiembre ha de ser pródigo en acontecimientos, el domingo 3 será el Saint Léger de San Sebastián, con 42.250 pesetas; el jueves 7, el Premio Surchoix, con 14.750; el martes 12, el Premio Albano, con otras 14.750; el jueves 14, el Premio Przemysl, con la misma cantidad; el martes 19, el Criterium final, con igual suma; el jueves 21, el Derby de San Sebastián, con 34.500 pesetas; el domingo 24, el Premio del Príncipe de Asturias y el Gran Concurso Militar internacional (vallas), con 82.250; el jueves día 28, la Consolación del anterior, con 14.750, y el domingo 1.º de octubre, el Gran Premio de otoño, con 37.250 pesetas.

¿Se concibe ahora el esfuerzo realizado? No es posible más para procurar la brillantez de un deporte y

afirmar el prestigio de una ciudad moderna.

Pues si a todos estos alicientes únense la maravillosa situación del hipódromo, realmente sin rival; la constante presencia en él de la Reina Doña Cristina—hada protectora de los guipuzcoanos y de todas sus empresas, y dama distinguida que siempre ha sido modelo de elegancia, lo mismo que ejemplo de virtudes—; la futura estancia de los Reyes, que se hallarán presentes, sin duda, en la carrera del día 10, y la afición cada día mayor que existe en San Sebastián, como en toda España, por los deportes hípicas, no habrá la menor vacilación en proclamar que, de la temporada de carreras de este verano en Lasarte, quedará perdurable recuerdo. Es lo menos que merecen tantos sacrificios y tan esforzadas iniciativas.

Cuando una entidad, lo mismo que una persona, realiza esfuerzos evidentes por complacer en grado superlativo a quien la favorece con su afecto y su simpatía, se hace digna de tales efusivas demostraciones.

Y cuando, como en el caso actual, esos esfuerzos se traducen en un aumento considerable del prestigio y la fama de toda una ciudad, merece, no sólo cariño, sino gratitud de esa población y del país a que tal capital pertenece.

LÁRIGO.

R E C U E R D O S D E V I A J E

UNA EXCURSIÓN POR ITALIA

NÁPOLES

DESDE Roma fui a Nápoles, la antigua ciudad, cuna de grandes patricios y de afamados artistas; está en la Riviera Liguriana, a cinco horas de Roma. Todos sus alrededores lo forman poéticas aldeas y florecientes ciudades, y sobre las aguas de su preciosa bahía se destacan bellísimas y pintorescas islas que la dan un aspecto encantador.

El panorama que se percibe desde ciertas partes de Nápoles ejerce una verdadera fascinación, por su propia belleza y especial colorido.

La ciudad de Nápoles, pequeña en su principio, fué aumentando su tamaño con el transcurso de los siglos. Durante la Edad Media, y bajo la dominación de los normandos, le fueron agregados nuevos barrios, creciendo la ciudad hacia el Sur. Posteriormente otros núcleos se adicionaron, agrandando la ciudad hacia el Este, y por último, durante la Vice-regencia española, y sobre todo, cuando fué recobrada la independencia con los Borbones, Nápoles se adicionó nuevos barrios hacia el Oeste, borrando casi por completo su primitivo sello y colorido.

En los últimos veinte años del pasado siglo, por razones de higiene, se ordenó demoler muchos de los antiguos barrios de la ciudad, para hacer lugar al bello Corso Humberto I, y numerosas calles transversales y nuevos barrios se hicieron a su alrededor. Así la gran ciudad sacrificó una parte de su colorido, para hacerse más bella y saludable; pero, a pesar de esto, aun se conserva algo que le es típico y que sólo allí se ve.

En los antiguos barrios que aun se conservan de la primitiva ciudad de Nápoles, las calles son estrechas y tortuosas, y, por lo tanto, sus aceras están a corta distancia unas de otras. Como cada pueblo tiene sus costumbres, los napolitanos, conservadores de las suyas, mantienen en estos barrios sus calles techadas y engalanadas todo el año, como si fuera a celebrarse una procesión, y la impresión que recibe el turista, al verlas desde lejos, es la de que el pueblo está de fiesta.

Pero en realidad no es así. Es la ropa lavada y puesta a secar sobre cuerdas que, pasando por carrillos fijos, se extienden desde los balcones de una casa a los de la acera opuesta. Y como todas las casas hacen lo mismo, y las ropas son muchas y con los más variados colores, parecen banderas que engalanan y techan las calles.

Todos los períodos históricos del arte antiguo han dejado en la ciudad de Nápoles sus recuerdos, siendo los más notables los de los siglos XIV, XV y XVI, que en la escuela napolitana alcanzó su mayor desarrollo, y las industrias artísticas de cerámica, bronce, tapices, y sobre todo la manufactura borbónica de porcelana Capodimonte, hicieron verdaderos prodigios.

Merecen verse en Nápoles el Museo Nacional, célebre por las colecciones farnesias de pintura y esculturas, y por los tesoros de arte antiguo recogidos en las excavaciones de Herculano, Pompeya y las ciudades de Campania y Puglia. También son muy interesantes la Catedral, el Palacio Real y los Museos de San Martino, Cívico y Artístico Industrial.

De los alrededores de Nápoles deben visitarse: Posillipo, muy pintoresco; Ischia, la región volcánica, uno de los lugares más interesantes para el

turista, donde puede ver una variedad de lagos y de cráteres, algunos encendidos, como el del alto de la Solfatara, y donde las convulsiones volcánicas se suceden con bastante frecuencia, al extremo que Virgilio llamó a esta región la entrada del infierno. También se llama región del Campi Flegrei.

Está situada al Oeste de Nápoles, y a la orilla de su mar se encuentran Baia, Cuma y Puteoli, cuyos terrenos tienen la particularidad de que cambian de forma muy a menudo, por la acción volcánica, y que los naranjos, limones y demás árboles frutales sembrados en ellos se encuentran en un verde perpetuo, debido al eterno verano producido por el calor de los fuegos subterráneos.

Próximo a esta región, los centros termales importantes de Bagnoli y Agnano y Puzzuoli, muy bien frecuentado. A cuatro kilómetros de éste, el lago de Lucrino, famoso por sus ostras, y más lejos, el lago di Averno, antiguo cráter volcánico, hoy lleno de agua. César Augusto unió estos dos lagos por un canal y construyó también un puerto, llamado «Portus Julio», considerado como una maravilla.



Bello panorama de la ciudad de Nápoles.

Y llegamos a Baia.

En el siglo I después de J. C., Baia, que es hoy un lugar pobre, era el centro más lujoso y favorito de los Emperadores, por su natural belleza y su agradable clima. Allí tenían vidas propias los nobles romanos y era el sitio donde pasaban largas temporadas en sus soberbios palacios Lúculo, Nerón y Calígula.

A una hora de Baia se encuentra el puerto de Miceno y también una pequeña aldea que fué destruida en el siglo IX por los romanos, y de la que hoy apenas quedan restos. La ciudad de Ischia, con su interesante castillo aragonés, se extiende a lo largo de la costa. Desde Pomeo, así como desde Capo Miseno, se domina todo el golfo de Nápoles.

DE NÁPOLES AL VESUBIO

Es muy raro encontrar en el mundo persona que no haya oído hablar del mortífero volcán italiano llamado Vesubio y que más bien debía llamarse el infierno. Esta horrorosa mina de fuego, que tantísimas desgracias ha causado y que tan a menudo, con sus formidables explosiones subterráneas y gigantescas llamaradas que asoman por su cráter, siembra el terror y el pánico, y amenaza constantemente a los habitantes y pueblos cercanos, destruyéndolos y sepultándolos a veces entre el mundo de fuego líquido y ceniza que vomita por su cráter, se halla situado a pocas horas de Nápoles, en las entrañas de una montaña gigantesca, de más de 4.300 pies de elevación,

y no lejos del mar, con el cual se comunica subterráneamente.

El monte Somma, próximo a él, no es menos conocido. Una horrorosa erupción de este monte volcán en el año 79, después de J. C., fué la que destruyó a Pompeya, sepultándola entre cenizas, y no el Vesubio, como vulgarmente se cree. El monte Somma y el Vesubio están a una distancia próximamente de 500 metros el uno del otro, y desde este último se ve perfectamente en toda su extensión el cráter del Somma repleto de cenizas. Con la memorable erupción que destruyó a Pompeya, el monte Somma terminó su vida, haciendo todo el daño que pudo, y en seguida apareció el Vesubio, que es el que hoy existe como continuador de la obra demoleadora de aquél.

De varios modos puede llegarse al Vesubio. Puede tomarse en la estación de Nápoles un billete de ida y vuelta, que vende la Agencia Cook, comprendiendo el ferrocarril hasta la estación Puyano, y aquí el funicular hasta el Vesubio, a cerca de un kilómetro de su cráter, pues para llegar a éste es obligatorio el guía oficial; o bien sacando billete en Nápoles a Boscotrecasi, y aquí

en coche hasta la oficina del Jefe de guías oficiales, y de ahí un caballo hasta llegar al Vesubio, a unos veinte metros escasos del cráter, adonde hay que llegar a pie después porque el caballo no puede subir casi perpendicularmente. También puede irse por el funicular y regresar a caballo.

Hay partes dentro del volcán adonde el turista si desea puede bajar, pero corre siempre grandes peligros y ha de ir acompañado por el guía.

Cualquiera que sea el modo como se haga el viaje al Vesubio siempre resulta interesantísimo.

Eran las nueve de la mañana cuando salí de mi habitación del hotel Excelsior, provisto de mi Kodak y mi libro, con el propósito de visitar el Vesubio. Uno de los deteriorados simones de Nápoles, des-

provisto de gomas en las ruedas y con sus muelles casi rígidos, me condujo a la estación, atravesando calles pavimentadas con durísima lava trabajada y sobre la cual el coche, al rodar, producía tal trepidación y ruido, que hubiera podido muy bien atolondrar al más valiente, por sordo que fuese.

Llegué, por fin, a la estación de Nápoles; saqué allí un billete de ida y vuelta, de la casa Cook, para ir por Puyano, tomar el funicular Vesubius y hacer luego a pie el último trayecto, hasta llegar al cráter del volcán, que era lo que despertaba mi mayor curiosidad.

Penetré en el tren de Puyano y ocupé mi asiento. Ya en estas condiciones, cualquiera en mi lugar hubiera creído que podría realizar el viaje tal y como lo había planeado, y yo también lo creía, pero no fué así. No hay duda que el hombre propone y Dios dispone. Al verme con un billete Cook en la mano, uno de los innumerables guías que en espera de turistas abundan en la estación de Nápoles sube al tren, y acercándose a mí me recita el mismo disco que para todos lleva aprendido, y, entre otras cosas, me dice que yo podía muy bien visitar en un solo día las excavaciones de Pompeya y los volcanes Vesubio y Somma, siempre que fuese acompañado por él y devolviese el billete Cook que yo había comprado. La idea no era mala y la proposición no me disgustó porque, reflexionando, me dí cuenta de que eran muchos los lugares que deseaba visitar y bien valía la pena de ganar un día. Acepté sin más dilación, y cuando ya íbamos a bajar a la taquilla a



Recuerdos de Roma: el túnel del Quirinal.

cambiar el billete Cook por el otro que él me indicara, arrancó el tren con nosotros dentro.

Ya no había remedio; teníamos que seguir en el tren forzosamente.

—Se perdió el billete— me dice el guía—; ya no hay tiempo para cambiarlo, y puesto que usted quiere ganar un día, aprovecharemos el trayecto hasta Puyano y allí se abonará nuevo billete hasta Pompeya, que es lo primero que hemos de visitar. Resignado y conforme con mi suerte dí por perdido el billete de ida y vuelta y en Puyano tomé otro nuevo hasta Pompeya, siguiendo con mi guía, mi Kodak y mi libro, rumbo a esta ciudad.

EN POMPEYA. LAS EXCAVACIONES. EL MUSEO POMPEYANO

ALMORZAMOS EN POMPEYA.

Pompeya es una ciudad antiquísima. En el año 79 después de J. C., una espantosa erupción del monte Somma, próximo al Vesubio, lanzó sobre ella tan enorme cantidad de ceniza encendida que la destruyó y dejó sepultada, permaneciendo así desde aquella fecha, sin que nadie se ocupase más de ella. Actualmente, gracias a los trabajos de excavaciones que allí se vienen practicando, se van, aunque lentamente, descubriendo sus restos.

Por el singular espectáculo que aquello ofrece a la vista del viajero, una visita a Pompeya resulta en extremo interesante.

De las entrañas de una montaña de cenizas que tendrá unos diez o doce metros de espesor, y a medida que se va lentamente extrayendo y trasladando a otro lugar la ceniza, va reapareciendo de nuevo la ciudad, que estaba oculta, pero en ruinas.

Las casas, sin techos; los muros, desbaratados; las columnas, partidas; no hay madera, pues toda la materia combustible ha sido destruida por la ceniza encendida. Sólo se conservan algunos mosaicos, mármoles, barro, hierros y bronce, y algunos de los cuales fueron trabajados tan artísticamente, que su hallazgo viene a ser hoy un tesoro que revela la cultura greco-romana de esa época.

Hay entre las ruinas casas particulares, en las que una parte de ellas se ha librado de la acción destructora de la ceniza caliente, y puesta al descubierto, se ha encontrado en las mismas condiciones en que estaba el día de la hecatombe.

En otras se han descubierto las familias enteras petrificadas, y se les ve en sus habitaciones conservando la misma actitud en que se hallaban cuando les sorprendió la muerte. Allí se ve a un enfermo que dormía y sin despertar quedó estucado; a otro lado, una pobre chica joven, riendo y mostrando una preciosa dentadura, pero con su cara y cuerpo convertidos en piedra y su cráneo medio en esqueleto. Cerca de ella, un hermoso perro, todo retorcido y petrificado, revelando también, por su actitud, la lucha que sostuvo con la agonía.

Progresando cada día los trabajos de excavación, ya se han descubierto algunos templos como el de Júpiter, el de Apolo, el de Isis, la Basílica, que se destinaba a las operaciones de Bolsa y

administración de justicia; los teatros, la Caserna de los gladiadores, que les servía para practicar y adiestrarse, y el Foro Triangular, del que quedan muchas columnas partidas como en el Foro Civil.

Hacia un lado de la ciudad en ruinas y atravesando terrenos que aun no han sido excavados, ya se ha descubierto el anfiteatro donde los gladiadores ofrecían al público sus crueles espectáculos, tan en boga en esos tiempos.

Ya se ven las calles de Pompeya, las mismas que siempre tuvo: estrechas, tortuosas, flanqueadas por aceras y pavimentadas con placas rectangulares de lava volcánica prehistórica, y de trecho en trecho, de otros bloques más gruesos y salientes, que servían para que durante las lluvias se pudiese andar sobre ellos sin mojarse los pies. El cementerio, con sus tumbas a ambos lados de la entrada, está fuera de los muros de la ciudad.

La arquitectura primitiva hacía una distribución interior de las casas muy original.

La casa de un rico noble romano se componía: de entrada, y en seguida el *atrium*, que era un espacio cuadrado de tres metros por cada lado y medio metro de profundidad, destinado a depósito de agua, estaba siempre descubierto.

A los lados derecho e izquierdo del *atrium* y separados de éste por un paso de un metro de ancho, las habitaciones de dormir, llamadas *cubicoli*, que en las casas de lujo carecían de vistas a la calle; y al fondo, el comedor y servicio.



El anfiteatro Flavio, en Roma.

Más tarde, los progresos de la civilización agregaron a las casas dichas una puerta al fondo, que daba acceso al jardín, (*peristilium vividarium*), separada de la parte anterior de la casa por el comedor, llamado *triclinium*, y como adornos, finísimas pinturas de asuntos mitológicos en las paredes; riñas de gallos, dioses, etc. De esas pinturas, que llamaban *affrescos*, las más notables y bellas que hasta hoy se han descubierto son «Ercole che strozza y Serpenti» y los *affrescos* de la sala de la casa del Vetti.

En el *peristilium vividarium*, preciosas columnas y fuentes transparentes de alabastos, pequeñas estatuas y flores, y lindos *affrescos* en el *triclinium* (comedor).

El más perfecto ejemplo de arquitectura y decoración greco-romana pura se encuentra en las ruinas de Pompeya, en la suntuosa casa del Vetti, ya descubierta. Sus pinturas, mosaicos, alabastos, mármoles, hierros y bronce, son los mejores conservados que hasta hoy se han hallado.

La contemplación de la lujosa casa del Vetti produce una honda impresión, pues nos da la idea más perfecta de los terribles momentos en que, tanto la vida de la ciudad de Pompeya como la de sus habitantes, se extinguió tan trágicamente.

Con los objetos del año 79, y aun más antiguos, que se van encontrando en las excavaciones de Pompeya, se está formando el llamado Museo Pompeyano, que está a la derecha de la entrada de las ruinas. Este Museo contiene hoy, entre otras cosas, un infinito número de curiosidades.

Hay allí restos de techos, ventanas y puertas de hierro antiquísimas, cerraduras, lámparas y reci-

pientes de bronce, lámparas de barro, juguetes y cuadros, ánforas, objetos de manicura y de cocina; varios panes del año 79 después de Jesucristo (ya deben estar algo duritos); personas petrificadas, mosaicos, mármoles con inscripciones en caracteres romanos; jofainas, instrumentos de carpintería y cerrajería, peines de bronce y mil cosas más, que se van encontrando a medida que avanzan las excavaciones, todas las cuales se conservan en el Museo.

De los ocho o diez kilómetros de extensión que tiene Pompeya, se han excavado ya más de la mitad, permitiéndose por ahora visitar solamente parte de lo descubierto, porque la otra parte no está todavía en condiciones de verse, a causa del gran peligro que ofrece mientras no se hallen bien apuntaladas sus ruinas.

Y como mi guía tenía prisa, sin darme tiempo para terminar de escribir todas las postales que había adquirido para enviar como recuerdo a mis amistades, me hizo ir a la taquilla y tomar los billetes para Boscotrecasi, lo cual realicé justamente cuando llegaba el tren que había de llevarnos a esta estación, y ambos subimos en él.

Poco más de media hora duró el viaje hasta Boscotrecasi; bajamos del tren, y después de cobrar el importe de su trabajo, me instaló en el coche que había de conducirme a la oficina del Jefe de los guías oficiales del Vesubio, y dando por terminada su provechosa y fácil tarea, nos despedimos, siguiendo él para Nápoles y yo al volcán.

EL VESUBIO

La estación, así como el pueblo de Boscotrecasi de hoy, es relativamente moderna. El primitivo pueblo de Boscotrecasi está todo él enterrado por las cenizas y lava volcánica vomitada por los infiernos y volcanes en tiempos prehistóricos. La tradición dice que esa ceniza y lava se conservó encendida cerca de dos años, y que ella, en esas condiciones, era utilizada para *chauffage*, por los vecinos de otros pueblos colindantes.

Pero sea lo que fuese, lo cierto es que ella sepultó al primitivo pueblo de Boscotrecasi, y que sobre esa sepultura se ha edificado el que hoy existe, dejando al otro debajo.

En quince minutos recorrimos el trayecto desde la estación a la oficina del Jefe de los guías. El coche que me llevaba era viejo y malo, y aunque su caja era de mimbre, parecía imposible que aquellos caballos pudieran subir cuestas tan pronunciadas, largas y llenas de baches y piedras, como las de aquel pueblo, con cualquier vehículo, por ligero que fuese.

Al fin llegué a la oficina, y previos los saludos de rúbrica al Jefe, éste, cumpliendo su oficio y con un rito y solemnidad estilo romanesco, me presentó al nuevo guía oficial que me llevaría al volcán, y ayudándose a montar sobre el caballo, me dijo: «siga al guía», obediéndole yo entonces, y empezando así la segunda parte de la ascensión.

El reloj marcaba las cinco. La tarde estaba lluviosa; el recorrido que teníamos que hacer hasta llegar al cráter del volcán era más de seis kilómetros, siempre haciendo *ests* y subiendo.



El capitolio de Roma y el Museo capitolino.

El camino era pedregoso y muy malo, y la marcha del caballo se hacía muy difícil.

Grandes nubarrones que se aproximaban indicaban que un fuerte aguacero había de caer, y el guía, que además de no tener ganas de mojarse, deseaba terminar pronto su trabajo, se entretenía en fustigar a mi pobre caballo, que galopaba sobre terreno blando y pedregoso, ya enterrando sus cascos, ya tropezando con las lavas o ya hundiendo sus patas en la nieve casi hasta la rodilla, y siempre ascendiendo difícilmente en dirección al cráter.

Habíamos avanzado bastante, y ya en pleno cuerpo del Vesubio, empezamos a bordear precipicios a cual más espantoso, pues ninguno tenía contén.

La cosa ya era más seria: se jugaba uno la vida. El guía quería continuar castigando mi caballo, cansado y que casi le faltaba el aliento, y esto, que era una salvajada y una imprudencia, no lo consentí, oponiéndome a ello enérgicamente.

Seguíamos ascendiendo y llegamos a más de tres mil pies de altura, bordeando el último precipicio; en éste pensé que mi última hora había llegado. El caballo andaba casi perpendicularmente, cerca de la cumbre del Vesubio, cubierta de ceniza y nieve, hundiéndose en ella sus patas casi hasta la rodilla; el camino era tan estrecho, que apenas cabía el animalito, el cual, cansado como estaba y sin fuerzas, ya creí que de un momento a otro caería hacia atrás, desapareciendo conmigo en el abismo, sin dejar rastro.

Bien hubiera podido el guía, si hubiera querido, robarme o asesinarme en aquellas soledades y alturas. Ni yo mismo hubiera visto la manera como delinquía, pues mis ojos cerrados la mayor parte del tiempo que duró el ascenso al cráter, apenas se abrían por temor al vértigo.

Por fin, más adelante, el guía da la voz de alto. Estamos a veinte metros del cráter y hay que seguir a pie, pues los caballos ya no pueden pasar de donde están, a causa de que la subida en ellos sería peligrosísima.

Ya lejos del borde del último precipicio, me bajé del caballo, y abriendo bien mis ojos, lo que vi desde aquel sitio no lo puedo detallar. No tengo palabras con que describir el sin igual espectáculo que pude contemplar desde una altura de más de cuatro mil pies.

Lo primero que ví, casi a mi lado, fué la boca-

cráter del monte Somma, rellena de ceniza y lava apagada. Es el terrible volcán que en el año 79 destruyó a Pompeya, muriendo después, como si con su muerte expiara el crimen que cometía.

Ví hacia abajo, en las faldas de la montaña en que me encontraba, infinidad de viñedos en producción. Son los que dan los exquisitos vinos del Vesubio, que más tarde pude saborear.

Una multitud de lavas inmensas, algunas con más de cuatro metros de espesor, que como motas de algodón fueron lanzadas en otra época al espacio, durante algunas erupciones del volcán. La nueva aldea de Boscotrecasi, alegre y pintoresca, dejando a veces al descubierto las partes más altas de algunas de las casas que tiene sepultadas.

A otro lado, la línea férrea, con sus trenes que parecen más pequeños que una mano, y la estación del ferrocarril, donde las personas lucen del tamaño de hormigas.

Más lejos, todo Nápoles, en un espacio, al parecer, de tres metros, y como pequeños juguetes, La Riviera, Postillipo, Pozzuoli, Baía, Capo Miseno, que ofrecen uno de los más bellos panoramas del Golfo de Nápoles. Ischia, Pompeja, Castellamare, Sorrento, Amalfi, Atrani, Vietri, Ravello y Capri, la región encantada o el Paraíso de Nápoles, y, por último, los Alpes y Apeninos, coronando este cuadro primoroso y fascinador.

Mi guía me procura un largo bastón, que tomo en la mano derecha para que me sirva de apoyo, y cogiéndome la mano izquierda, tira de mí, ayudándome así a subir sobre la ceniza y nieve hasta el mismo borde del cráter del Vesubio. ¿Oye usted cómo trabaja?, me dice. Vea usted lo que hay dentro; y sujetándose bien por el brazo, me aproxima más al borde, haciéndome entonces ver el espectáculo más imponente y monstruoso que ojos humanos vieron.

En el fondo de una enorme boca de cañón de 1.200 metros de circunferencia por 250 metros de profundidad, que olía a azufre, un lago de fuego líquido (lava líquida roja) se mueve, esperando por momentos el instante en que una erupción del volcán la haga salir fuera del cráter, para destruir todo lo que a su paso encuentre.

Un ruido bronco y profundo, que como trueno constante retumba en las entrañas de ese infierno, indica que «El Vesubio trabaja». Es el aire, que como resuello satánico lo produce, azo-

tando las llamas encendidas en la garganta del volcán.

Por los lados, inmensas llamaradas iluminan el fondo con los más caprichosos y variados colores, enrojando las piedras o lava que tocan. Esta lava sólida, redonda a veces, roja por el fuego, se enciende o apaga continuamente con el aire, produciendo el horrible y fantástico efecto de ojos del diablo, que se abren y cierran con párpados de ceniza. Y de lo más profundo de esa enorme boca, una gruesa columna de humo limpio, blanco, nace y crece, al parecer interminable, y rebasando el cráter se eleva, denunciando al Vesubio, que se ve desde muy grandes distancias.

La extraordinaria impresión que produce la vista del interior del Vesubio jamás se borra.

Y mientras uno sobrecogido, observa aquel imponente espectáculo, el guía, en voz alta y clara, se complace en ir describiendo la forma como allí perecieron muchos de los visitantes del Vesubio: unas veces, sepultados por la ceniza de erupciones repentinas; otras, abrasados por haber caído casualmente, o víctimas de un vahido, en el fuego líquido, desapareciendo dentro del cráter, y otros, por último, que se han suicidado voluntariamente arrojándose a las llamas.

Nos alejamos del cráter; hundiéndose los pies en la nieve y ceniza, llegamos hasta el lugar donde habíamos dejado los caballos, y montando en ellos, empezamos el descenso. Este era infinitamente más peligroso que el ascenso, porque como era de noche y los caballos estaban cansados, al ir bajando, bastaría el más ligero tropiezo o resbalón para que nos precipitáramos en los abismos. Pero el guía, que se había dado la más perfecta cuenta del riesgo que corríamos, optó por echar pie a tierra, y, tomando mi caballo por las bridas, me condujo así hasta la oficina de su jefe. Allí me despedí de ellos, y pagándoles, dejé el caballo, tomando el coche que me llevó a la estación de Boscotrecasi. Poco tiempo tuve que esperar aquí. A los cinco minutos llegó el tren que me condujo a Nápoles, y una media hora después entraba sano y salvo en mi habitación del hotel Excelsior. Eran las ocho de la noche. Después de descansar breves momentos y prepararme convenientemente, bajé a cenar, recogíéndome luego para partir al día siguiente para Roma.

HÉCTOR M. BAENA.

DESDE LA SIERRA

EL BOCADILLO DE JAMÓN

Mucho antes de lo que suponía me tiene usted de vuelta, Sr. León Boyd. Recordará que en mi última carta—siempre usted amable publicándolas—le hablaba del Norte, de mi vida, de las modas, de la gente... ¡Pues se acabó! Ya de allí no puedo seguir diciendo nada, y si yo supiese que me iba usted a guardar el secreto, era capaz de contarle una pequeña novela, que es el motivo por el cual he dado el salto y he venido a pasar el resto del verano en la sierra.

¡Mire que yo aquí! ¡Con lo que he criticado esta vida! Me molestaban las muchachas, los muchachos, las excursiones, el ir en alpargatas...

¡Las colonias veraniegas me han fastidiado siempre! Pues bien: estoy hasta contenta.

Como usted desde hace mucho tiempo es mi confidente y quiero que así sea siempre, tengo que confesarle que me han mandado aquí por castigo. ¡Pásmese, Sr. León Boyd! ¡Por castigo! ¡Verdad que no tengo edad de esas cosas?

Allá en San Sebastián no había hecho más que llegar y ¡zas! un flechazo; pero ¡que suerte! Por lo menos así lo creía yo; logré que me lo presentaran porque tenía gran interés por hablar con él, cifrando mi mayor ilusión en que después de tratarlo, fuese todo proporcionado a la figura. ¡Qué éxito tuve entre mis amigos! Era yo la primera de todas, que tenía quien le calentase la oreja este verano. Y como además soy la más insignificante de todas las de la pandilla, más suerte todavía: «la suerte de la fea...» Después de hablar unas cuantas veces con él, vi que el entusiasmo crecía por momentos, y yo que, ya me conoce usted, soy muy vehemente, me puse insoportable: ni comía, ni dormía... Adelgacé, ¡qué se yo! Estaba desesperada, porque después de demostrarme interés enorme, con todos esos detalles de a cada momento obsequiarme con flores, bombones, palabras y frases que no olvidaré nunca, no llegó a reventar (para nosotras «reventar» es una decla-

ración). Ya sabe usted cómo estoy educada; mis padres, algo anticuados, me tienen, para lo que ahora se acostumbra, metida en un puño, y aunque hay momento que me fastidian de lo lindo, ¡tienen más razón! No necesitaba yo más que me dejaran hacer cuanto se me antojara. ¡Con el genio que tengo! ¡Lo único para ser desgraciada! Bueno, esta reflexión la hago cada tres años. Hoy corresponde.

Mi madre se dió cuenta de lo que por mí pasaba. Sin duda se lo comunicó a mi padre y los dos, que afortunadamente piensan igual—pero que a mí me fastidian—, decidieron mandarme para acá, y aceptar el ofrecimiento de unas buenas amigas mías.

Ya sé que dará usted la razón a mis padres, porque cuando ellos tomaron esa determinación sería porque me convendría. El «porqué» del castigo no me lo han dicho. ¡Ay; si usted lo averiguara!

Ya tengo puestas hasta alpargatas—está dicho todo—; los primeros días tenía una morriña tremenda, sin motivo, por supuesto. Mis amigas hacen cuanto pueden por divertirme.

Las mañanas, tardes y noches las pasamos reunidas; tenemos un enorme corrillo. Hacemos labor. Nos hemos dedicado a confeccionar abriguitos para los pobres, porque yo, hechos por mí, tengo siete «jerseys» y debía tener muchos más por el tiempo que he empleado en deshacerlos y volverlos a hacer.

De excursiones no paramos; bailar no se diga; pero a la moderna, no, ¿eh?; y si usted viera esto lo que me ha proporcionado! Otro flechazo! Pero este en serio. Se trataba de un muchacho bueno, trabajador, de buena familia. Todos me daban la enhorabuena y hasta me animaban a que aceptara unas relaciones como esas. Y aquí tiene usted una mujer hecha un lío. ¡Pensar que tenía que proceder en serio! ¡Qué horror! Esperaba la decisión suya (que la veía próxima) con espanto.

Todo llega. Amaneció un día espléndido, fresco. Día que convida a reír, a gozar. ¡Qué ilusión! Organizamos una merienda. Ibamos todas las muchachas y todos los muchachos amigos.

Salimos muy temprano. No habían dado las tres;

y entre pinos y más pinos, que daban sombra a la carretera, empezó nuestra caminata para llegar a la hora de merendar donde nos habíamos propuesto.

En efecto, daban las seis cuando arribamos al sitio convenido. Bajo unos pinos mayores que cuantos habíamos visto, nos sentamos. ¡Qué de años debían tener los pinos! Matusalén debió merendar allí. Nos acomodamos en el suelo formando círculo, y como éramos el mismo número de muchachas que de muchachos, nos pusimos alternados. Excuso decirle quién se puso a mi lado.

Desde el primer instante vi que el momento tan temido se aproximaba. ¡Qué de palabras bonitas! ¡Cuánto entusiasmo! Mis amigas todas cuchicheaban. Con la mirada, unas me aconsejaban que aceptara, que no lo dejara pasar; otras me envidiaban, y una—¡pobrecilla!—con lágrimas en los ojos no dejaba de observarnos. Quería averiguar mi decisión, y en su rostro se podía leer que le horrorizaba pensar que pudiera yo quitarle la ilusión de su vida. Y yo, con todo aquel marco con que la naturaleza me convidaba, con aquella alegría que tenía, sentía el impulso de aceptar.

Llegó el momento de la merienda y nos repartieron unos bocadillos. Cada vez más a menudo sentía unos latigazos en el corazón, que creía podían advertir los que me rodeaban. El momento se aproximaba. Una mirada. Luego me empezó a hablar. Después nuestro diálogo se interrumpió un momento. El bocadillo se imponía. Y ¡oh, desilusión! Al tomar el primer trozo de pan, fué detrás del clásico tirón todo el jamón. Aquí tiene usted a mi hombre apenadísimo, no sabiendo qué hacer. Dudó si tomarlo o tirarlo. Logró lo primero y me miró después para ver mi contestación... Yo no tuve fuerzas para aceptar lo que me ofrecía. Necesitaba olvidar aquel momento, y decidí aplazar mi resolución para el invierno. Primero necesitaba verle tomar una taza de té.

Amigo León Boyd, ya ve usted lo que puede un bocadillo de jamón en la vida de una mujer.

UNA EX COLEGIALA DESENVUELTA.

Mundo Mundillo...



El Marqués de Alcedo ha dado en su artística «villa» de Biarritz un suntuoso almuerzo, cuyos comensales eran: la Baronesa de Huene, el Conde y la Condesa de Montesquiou-Fezensac, la Princesa Pío de Saboya, Mme. Ivanenko, señor y señora de Ceballos, Princesa Gorts-Chatoff, Vizconde de Mamblas, Marqués y Marquesa de Gouy d'Arty, Princesa Kotchoubey, Marquesa de Casa-Montalvo, Coronel Foster, M. y Mme. Auson, Mlle. Envry, el Marqués de la Gándara y mister Elliot.

Ha sido nombrado Presidente del Patronato de los Asilos de El Pardo el Conde de Cazal, en sustitución de los fallecidos Marqueses de Miranda y D. Eugenio de la Escosura.

El Sr. D. Angel González Carvajal y San Martín ha sido Subsecretario de la Presidencia del Consejo, Senador del Reino, Secretario de la Alta Cámara y Comisario regio del teatro Real.

Es caballero gran Cruz de Isabel la Católica y Gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio.

A las muchas felicitaciones que está recibiendo unimos la nuestra, muy afectuosa.

Su Majestad el Rey ha firmado últimamente un decreto de Gracia y Justicia, haciendo merced del título del Reino, con la denominación de Marqués de Masnou, a favor de D. Román Fabra y Puig, para sí, sus hijos y sucesores legítimos.

Por otro decreto se rehabilita, sin perjuicio de tercero de mejor derecho, el título de Conde de Peñalba, a favor de D.^a Esperanza Aguilera y Pérez de Herrasti, para sí, sus hijos y sucesores legítimos.

También se ha expedido Real carta de sucesión en el título de Marqués del Vasto, con Grandeza de España, a favor de D. José Sanchiz de Quesada, Marqués de Valderas.

En la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción se ha celebrado el bautizo de la hija primogénita de los Sres. de Pidal, hijos del difunto Almirante, imponiéndosele el nombre de Elvira, y siendo apadrinada por su abuela materna, la Marquesa viuda de Guerra, y su tío el Marqués de Guerra, representando a éste, por ausencia, su hermano el Marqués de Villasierra. Fueron testigos del solemne acto el Duque de Moctezuma y el General D. José de Lara y Casasola, tíos de la bautizada, y administró el sacramento el ilustre orador sagrado y Académico Doctor don Eugenio Redondo, antiguo Capellán de la casa de Guerra.

Por lo avanzado de la época y estar ausente la mayor parte de la familia, sólo asistieron los más íntimos parientes y algunos amigos. Además de las personas citadas y del padre la niña, D. Ramón Pidal, se hallaban las señoritas de Pidal (Rosalia y Rosita), señoras y señoritas de Oyarzábal, viuda de Rújula, Bermúdez Reina, López, Lasso de la Vega, Llanos y Torrigliá, y los señores General Oyarzábal, Rújula y Redondo (D. Eugenio), entre otras varias.

Terminada la ceremonia, se obsequió con un espléndido *lunch* a los concurrentes en casa de la Marquesa viuda de Guerra.

Reciban los Sres. de Pidal nuestra felicitación.

También se ha celebrado recientemente la ceremonia del bautismo de la recién nacida hija de los Sres. de Perinat (D. Luis).

La neófito, a quien se impuso el nombre de Elisa, fué apadrinada por su abuela paterna, la Marquesa de Perinat, y su tío el Marqués de Vessolla.

Damos a los venturosos padres nuestra enhorabuena.

Don José Porres Porres, primogénito de la Marquesa viuda de Castilleja del Campo, ha ingresado en la Real Maestranza de Sevilla.

El Consejero de la Embajada de España en Londres, que vino a Madrid por el triste motivo del fallecimiento de su padre, el Marqués de Barzanallana, ha regresado a aquella capital.

Cuando oiga usted hablar de *La Duquesita*, tenga la seguridad de que se trata de bodas, cruzamientos o bautizos. Es que alguna persona aristocrática va a encargarse en la cada vez más acreditada confitería los famosos sortijeros de alabastro con bombones y violetas *candy*, que constituyen una especialidad única en su género.

El culto Ingeniero D. Carlos Resines, Secretario general y alma del Real Automóvil Club, está recibiendo muchas felicitaciones, por haberle sido concedida la gran cruz del Mérito Agrícola.

Según ha dicho *Monte-Cristo*, en los círculos aristocráticos se da como segura la boda, en el año próximo, de una encantadora señorita de Córdoba, nieta de un Grande de España, con un joven Marqués, de cuyo brillante comportamiento en Melilla se ha dado oportuna cuenta, y que se halla enlazado por vínculos de cercano parentesco con muy ilustres familias de la aristocracia española.

Los Marqueses del Llano de San Javier han dado una comida en Biarritz, asistiendo, entre otras personas, la Marquesa de San Carlos del Pedroso, los Sres. de Pidal, el Marqués de Mohernando, el Conde de la Cimera y D. Alvaro Muñoz y Roca Tallada.

El Capitán general Duque de Rubí ha hecho una importante donación al Museo de Infantería de Toledo. Consiste en varias curiosas armas procedentes de la campaña de Cuba, en que él tomo, cual es sabido, una parte tan activa.

Recientemente fué víctima de un accidente, en Granada, la Marquesa de Caicedo, que sufrió la fractura de una pierna. Por fortuna, se encuentra muy mejorada, lo cual celebramos, deseando a la paciente rápido restablecimiento.

La señora de Granzow de la Cerda ha dado a luz en Wiesbaden, con toda felicidad, un niño, que lleva el nombre de Fernando Alfonso.

Se ha celebrado en Bilbao la boda de la señorita Mercedes Power con el Teniente de Caballería D. Joaquín de Zulueta, bendiciendo la unión el Arzobispo de Valladolid, Sr. Gandásegui.

También han contraído matrimonio la señorita Consuelo Baeza Montoto, hija del Ministro del Tribunal de Cuentas D. Ramón Baeza, y el Ingeniero D. Rafael Martínez González.

En San Sebastián se celebrará en breve el matrimonio de la encantadora señorita María Teresa Martínez Anido, hija del Gobernador de Barcelona, con D. Luis Viu.

FIGURINES

PATRONES

Preciados, núm. 7.

Más de cien revistas diferentes.

Notas de pésame

En su palacio de Cádiz ha fallecido la ilustre y caritativa señora D.^a Micaela de Aramburu, viuda de Moreno de Mora, tan querida en aquella capital, y cuya pérdida será profundamente sentida por todas las clases sociales.

La noble y generosa señora contaba noventa y un años de edad, que, en buena parte, consagró al ejercicio de la caridad. En Cádiz era como una madre de los pobres, a cuyas puertas nadie llamó vanamente.

Estuvo casada con aquel noble y bondadoso caballero que ilustró el nombre de D. José Moreno de Mora con sus altos rasgos de filantropía, y que falleció no ha muchos años en Cádiz. No tuvieron descendientes, y movidos ambos por los mismos sentimientos de altruismo y desprendimiento, hicieron de los desvalidos y los necesitados sus hijos.

Fundación suya fué el magnífico Hospital de Moreno de Mora, construido y costeado por ellos, en el cual invirtieron varios millones de pesetas. Otro hospital construyeron en el Puerto de Santa María, y sanatorios, asilos y escuelas en Cádiz y otros puntos. Poseían una cuantiosa fortuna y tuvieron el placer de saber darla el más generoso y eficaz empleo.

La viuda de Moreno de Mora, que poseía la banda de la Orden de Damas Nobles de María Luisa, ha sido tan llorada en Cádiz como lo fué su esposo. Ambos dejan tras de sí el más honroso de los recuerdos.

Descanse en paz la ilustre y virtuosa señora, verdadero modelo de damas caritativas, y reciban nuestro sentido pésame sus sobrinos, los Sres. de Gómez Aramburu (D. José Luis y D. Juan).

También ha fallecido, el respetable Sr. D. Fernando Ruiz de Grijalba, Jeje de Administración de primera clase de Hacienda, que en la actualidad desempeñaba la Tesorería central. Era persona muy conocida y estimada en los círculos madrileños, y su muerte ha sido muy sentida. Hermanos del finado son: el ex Subsecretario de Gracia y Justicia, Marqués de Grijalba; la Baronesa de Arnouville, D. Alfonso, D.^a Luisa y D.^a Margarita, ésta religiosa del Sagrado Corazón.

A la viuda del finado, D.^a Carmen Martínez de Trinidad, y a todos sus hermanos enviamos nuestro más sentido y afectuoso pésame.

En Valencia, donde accidentalmente se encontraba, ha fallecido el Cónsul general de Suecia en Madrid, Sr. Heraldo J. Dahlander, persona muy conocida y estimada en nuestra sociedad, que llevaba muchos años de residencia entre nosotros.

El Sr. Dahlander era hermano de la Condesa de Gimeno, esposa del ilustre ex Ministro liberal de este título.

Nos asociamos de todo corazón al duelo de la distinguida familia, enviándole nuestro sentido pésame.

Ya saben los Condes de Gimeno la parte que tomamos en su gran pena.

Los Sres. de Aguirre (D. Eduardo), hijos de la Condesa viuda de Andino, pasan por el dolor de haber perdido a su hijo Alfonso, niño de diez y seis meses de edad.

Enviamos la expresión de nuestro sentimiento a los desconsolados padres y a toda la distinguida familia.

Por pena igual atraviesan los Sres. de Moreno (D. Rafael), hijos del respetable Senador D. Javier Gil y Becerril, que han sufrido la desgracia de perder a su hija María Gracia, preciosa niña de corta edad.

Nos asociamos al duelo de los desolados padres y abuelos.

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

EL CASTIGO DE LA AVARICIA

JUANITO y Luis eran los dos inseparables compañeros de colegio; aunque sus caracteres y temperamentos no eran contrarios, tenían distintas tendencias y aficiones. Juanito era estudioso, aplicado y muy formal, desprendido y obediente, y complacía en dar gusto a sus padres y maestros; Luis dejábase arrastrar por la pereza, era voluble e indeciso, y permitía que en los pliegues de su alma se escondiese la ambición y la codicia.

Juanito gozaba cuando con la sonrisa en los labios y el alma henchida de júbilo depositaba en la huesosa mano de un mendigo las perrillas con que sus padres premiaban la aplicación; en cambio Luis guardaba el dinero en la hucha, para recrearse mirándolo con ojos encendidos por lo avaricia, que había clavado las garras en el corazón tierno por la edad, pero rugoso por la pasión que le secaba.

Una tarde deliciosa de primavera que salieron de paseo por el campo, distraídos con el bello panorama y el jugueteo de los pájaros que despedían el sol cantando sus amores y revoloteando en busca de sus nidos, sorprendióles la noche y, a despecho de sus esfuerzos, no lograron hallar el camino que les condujese a sus casas.

Rendidos y fatigados, se desplomaron al pie de un árbol. «A mí lo que más me apena—decía sollozando Juanito—es el disgusto que tendrán mis padres; mi madre, sobre todo, llorará y no cesará en su intento de buscarme; ¡pobre madre mía!» «No te desconsueles por esas consideraciones—replicó Luis con voz temblorosa por el miedo—; a mí me desgarró el alma el pensar que podemos ser devorados por una fiera hambrienta o ser objeto de las trágicas burlas de algún mago encantado.»

El cansancio y la fatiga los durmió profundamente, pero al dar las doce, solemne y majestuoso, un reloj invisible, cuya campana heló la sangre en las venas de los dos niños, se despertaron sobresaltados, castañeteando los dientes con el pánico.

Y restregando los ojos como temiendo ser víctimas de una pesadilla, vieron que de los árboles próximos salía un enjambre de enanos de lenguas barbas que llegaban hasta los pies, que calzaban con sandalias de oro y piedras preciosas; ceñían los diminutos cuerpecitos con túnicas de gasas de todos los colores del iris; formaron un círculo, cogidos de las manos, y entonaron un canto que era una invitación, un himno al Rey de los enanos.

Hízose el silencio y apareció el Rey, ves-

tido con una túnica de rayos de sol y jirones de nubes, con una gran cola, sostenida por dos enanos que apenas si se veían en el suelo.

Todos hicieron una profunda reverencia, y el Rey habló de esta manera: «Quiero que festejemos mis desposorios con la más bella de las estaciones: la primavera; deseo que cantéis mi dicha, y que vuestras voces sean más dulces que los arpegios arrancados de las arpas de oro por nuestras hadas; anhele un epitalamio que sea reir de agua, murmullos de selva y rumor de besos... Mas ¿qué veo? ¿Quiénes son tan osados—continuó dirigiéndose a los niños, que quisieran

—Bien—interrumpió el Rey—; no me satisface del todo la explicación, pero atenuaré el castigo; tomad estos sacos y llenadlos de la tierra que rodea este árbol, que es mi morada, y transportádoslos sobre los hombros, seguid esta vereda que os conducirá al hogar.

Así lo hicieron y llegaron a sus casas, donde se acostaron rendidos, no sin recibir antes la oportuna reprimenda de los afligidos padres que los lloraban perdidos.

A la mañana siguiente, cuando se despertaron, vieron que la tierra que habían traído en los sacos se había convertido en piedras preciosas, brillantes, perlas, perfumes olorosos, recogidos de las FLORES DEL CAMPO...

La sorpresa de los dos amigos corría parejas con la magnitud del obsequio. Juanito corrió a comunicar la noticia a sus padres; sin embargo Luis, cegado por la codicia, tan sólo pensó en vaciar el saco y correr ligero cual el viento a llenarlo de nuevo, para tener más, mucho más...

Cuando llegó la noche, Luis, hurtando ser visto por los de su casa, emprendió el camino y pudo dar con el árbol misterioso, y antes de que sonaran las doce llenó el saco de forma tal, que difícilmente pudo regresar a su casa; se acostó y fué su sueño intranquilo y desasosegado; soñaba con montañas de piedras preciosas que descomponían la luz del sol y le bañaban en lindos reflejos. No bien despertó, saltó de la cama para gozarse en sus riquezas; pero...

¡Oh sorpresa! ¡La tierra que había traído continuaba siendo tierra! Desolado miró bajo la cama, donde tenía las piedras preciosas del día anterior, y vio que también eran tierra, en la que un dedo misterioso había escrito: «¡Este es el castigo a tu codicia!»

Con los ojos arrasados en lágrimas y el alma acibarada, más que por la pérdida, por la dura lección recibida, y avergonzado de sí mismo, fué Luis a contarle lo sucedido a su querido amigo Juanito, quien le habló de esta manera:



«Afortunadamente reconoces tu falta y ya no darás cabida en tu alma a la negra codicia, y por ello debemos felicitarnos.

»Y en prueba de mi afecto sincero y de la satisfacción que siento al verte libre de las infames ganas de la avaricia, reparto contigo mi tesoro; que los dos tengamos lo mismo, ya que idéntico es nuestro cariño mutuo.

»¡Ah! Se me olvidaba lo mejor y lo que tengo en más alta estima—continuó Juanito—: acepta también la mitad de este frasquito de COLONIA FLORES DEL CAMPO.»

CONCHILLA.

Antes de ir al baile

al cine  al teatro  al sport

use la loción higiénica

SUDORAL

la única que SIN SUPRIMIR el sudor, la desodora e higieniza sin manchar el vestido.

Recomendada por todas las eminencias médicas, como el único específico para suprimir el mal olor del sudor.

Creación de la PERFUMERÍA FLORALIA

ser tragados por la tierra—, quiénes tan audaces que se atreven a importunar con su presencia la fiesta más grata y simbólica de mi vida? A fe mía que pagarán cara su curiosidad.


Traedlos a mi presencia.—Y los dos enanillos que sostenían la cola regia, dejáronla respetuosamente en el suelo, y cogiendo a los niños por la mano, los llevaron delante del Rey.

Huelga el decir que Juanito y Luis, más muertos que vivos, no acertaban a andar; con la lengua pegada al paladar por el miedo y el corazón que pretendía salirse del pecho, no hacían ni sombra de sí mismos, según frase vulgar.

—Habla—dijo el Rey mirando a Juanito— y explica por qué estáis aquí a horas tan avanzadas. «¡Señor!—replicó el niño tartamudeando y cortando las sílabas; pero con tal acento de sinceridad, que enterneció al Rey—Señor, no ha sido la curiosidad la que nos trajo aquí; sino que nos hemos extraviado y no acertamos con la senda que conduce a nuestras casas, y lo más triste, lo que más lamentamos es la horrible pena que tendrán nuestros padres. ¡Cómo llorarán nuestra ausencia!»

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}
CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)
ABANICOS, PARAGUAS, SOMBRIL-
LLAS Y BASTONES
Arenal, 22 duplicado.
Compra y venta de Abanicos
antiguos.

Bicicletas, Motocicletas, Accesorios. — Repre-
sentantes generales de la **FRANÇAISE DIAMANT**
Y **ALCYON**. — Bicicletas para Niño, Señora
y Caballero.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCION SANTA RITA
Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono 53-44 M. Teléfono 53-25 M.
LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa
VILA Y COMPAÑIA, S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA
FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4. — MADRID — Tel.° M. 33-93.

 **EL LENTE DE ORO**
Arenal, 14. — Madrid
GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO
CONDECORACIONES
PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LOS MINISTERIOS
Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGE
Articles pour Automobiles et tous les Sports.
Spécialité: **TENNIS — ALPINISME**
GOLF — CAMPING — PATINAGE
Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.° S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

HIJOS DE M. DE IGARTUA
FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS
MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA
GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —
Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE
ROBES ET MANTEAUX
Plaza Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9.
Primera en España en
Mantones de Manila
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
Siempre novedades.

Viuda de JOSE REQUENA
EL SIGLO XX
Fuencarral, núm. 6. — Madrid.
APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN
Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería, de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.
Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE
IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS — BASTONES
CAMISAS — GUANTES — CORBATAS — CHALECOS
TODO INGLÉS
Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE
CARROCERIAS DE GRAN LUJO * AUTOMOVI-
LES DANIELS * AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI
Miguel Angel, 31. — MADRID — Teléfono J. — 723.

Acreditada **CASA GARIN**
GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS
PARA IGLESIA, FUNDADA EN 1820
Mayor, 33. — MADRID — Tel.° M. 34-17

Sucesores de Langarica
SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA
(Sucesor de Ostolaza)
FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID

JOSEFA
CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES
Cruz, 41. — MADRID

LUIS R. VILLAMIL
AUTOMOVILES
MARMON :: NASH :: ESSEX
Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586.

FÁBRICA DE PLUMAS DE LEONCIA RUIZ
PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TESSIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TESSIDO EN NEGRO
ABANICOS - BOLSILLOS - SOMBRILLAS - ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Telf. 25-31 M.

LA MUNDIAL
SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

DOMICILIO: —
MADRID || Alcalá, 53.

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida, Superviven-
cia, Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

CASA APOLINAR — — GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES — —
Visítad esta casa antes de comprar.
INFANTAS, 1 duplicado. ☉☉☉ ☉☉☉ TELEFONO 29-51.

JUGUETES

Gran Via, 18.



Tel. M 515.

COCHES DE NIÑO

FRANZEN

FOTOGRAFO

Príncipe, 11.-Teléfono M.-835

CASA RAYO

ENCAJES NACIONALES Y EXTRANJEROS
CONFECCIÓN DE ROPA BLANCA
Fábrica en Almagro.

Despacho: Caballero de Gracia, 7 y 9.
MADRID.—Teléfono 21-06 M.

FELIX TOCA

Bronces - Porcelanas - Abanicos - Sombrillas
Camas - Herrajes de lujo - Muebles - Arañas
MADRID

Nicolás María Rivero, 3 y 5.—Tel. M. 44-77

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

ESTUDIO

ARTE FOTOGRAFICO DE PILAR

A LA AFICIÓN FOTOGRAFICA:

Por ser completamente desconocidas las tonalidades distintas e inalterables de los retratos que este Estudio presenta a su aristocrática clientela, en beneficio de la misma, rebaja los precios de 60 a 45 pesetas la media docena, como la muestra de la Exposición...

PRÍNCIPE, 22.

...para dar a conocer los nuevos adelantos fotográficos que ningún estudio de Fotografía los trabaja, por desconocerlos.

Pilar de Asensio.

ANGEL RIPOLL BATERIAS DE COCINA EXTRANJERAS DE TODAS CLASES * *
Magdalena, 27.—Unica Sucursal: León, 38

R. FERNANDEZ ROJO

GRABADOR EN METALES
Fuentes, 7, Madrid. Teléfono 415 M.

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29.

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10
MADRID

Teléfono 10-50 M.



La Villa Mouriscot

CASA BALDUQUE

BOMBONES SELECTOS.—MARRONS
GLACEE.—CAMELOS FINOS

CAJAS PARA BODAS

SERRANO, NUM. 28



Si usted tiene
una hermosa cabellera como la mia y
quiere conservarla hasta la vejez, use el
PETRÓLEO GAL
y tendrá siempre la cabeza limpia de
caspa y el pelo suave.

FRASCO 2.50

